

TODA UNA VIDA

ROBERT SEETHALER



Robert Seethaler

TODA UNA VIDA



Contenido

Portada

Toda una vida

Créditos

Una mañana de febrero de 1933, Andreas Egger encontró moribundo a Johannes Kalischka, el cabrero conocido por los habitantes del valle como Hannes *el Corneta*, lo levantó agarrándolo por el jergón de paja empapado, que desprendía un olor un tanto agrio, y lo arrastró durante tres kilómetros por un sendero cubierto con una gruesa capa de nieve.

Movido por un extraño presentimiento, se había acercado hasta la cabaña del Corneta y lo había encontrado hecho un ovillo bajo una montaña de viejas pieles de oveja detrás de la estufa, que llevaba ya tiempo apagada. Cuando el cabrero, que estaba en los huesos y blanco como un fantasma, lo miró en la oscuridad, Egger comprendió que la muerte lo acechaba. Lo cogió en brazos como si fuera un niño y lo colocó con cuidado sobre el armazón de madera cubierto de musgo seco que el Corneta había usado toda la vida para cargar por las pendientes leña y ovejas heridas. Enrolló una correa de ganado alrededor del cuerpo del cabrero, la ató al armazón y terminó los nudos con tanta fuerza que la madera crujió. Cuando le preguntó si sentía dolor, el Corneta negó con la cabeza y se esforzó en sonreír, pero Egger sabía que mentía.

Las primeras semanas del año habían sido más calurosas de lo habitual. La nieve se había derretido en los valles, y en el pueblo se oían las gotas y el chapoteo constante del agua del deshielo. Sin embargo, el frío gélido había vuelto unos días antes y la nieve caía incesante y espesa, hasta engullir el paisaje con su suave omnipresencia y ahogar todo rastro de vida y sonido. Durante los primeros centenares de metros, Egger no habló con el hombre tembloroso que cargaba a la espalda. Bastante tenía con fijarse en el camino que descendía ante él, serpenteante y escarpado, y que apenas podía intuir con la ventisca. De vez en cuando notaba que Hannes *el Corneta* se movía.

—No te me mueras ahora —dijo Egger en voz alta, sin esperar respuesta.

Sin embargo, después de cargarlo durante casi media hora oyendo sólo sus propios jadeos, llegó la respuesta:

—La muerte no sería lo peor.

—Pero ¡no sobre mi espalda! —repuso Egger, que se detuvo para colocarse bien las correas de piel en los hombros.

Se paró a escuchar un instante la caída silente de la nieve. El silencio era absoluto. Conocía bien el mutismo de la montaña, que poseía aún la capacidad de encogerle el corazón de miedo.

—No sobre mi espalda —repitió, y siguió caminando.

En cada recodo del sendero, la nieve parecía caer más espesa, incesante, suave y sin hacer un solo ruido. Detrás, Hannes *el Corneta* se movía cada vez menos, hasta que al final dejó de hacerlo y Egger se temió lo peor.

—¿Estás muerto? —preguntó.

—¡No, maldito cojo! —replicó con una contundencia sorprendente.

—Sólo digo que debes aguantar hasta el pueblo. Luego puedes hacer lo que quieras.

—¿Y si no quiero aguantar hasta el pueblo?

—¡Tienes que hacerlo! —exclamó Egger.

En ese momento pensó que ya estaba bien de cháchara, y durante la media hora siguiente continuaron en silencio. Apenas a trescientos metros en línea recta del pueblo, a la altura del Rincón de los Buitres, donde los primeros pinos se doblaban como enanos jorobados bajo la nieve, Egger se apartó del camino, tropezó, acabó cayendo hacia atrás y resbaló unos veinte metros por la pendiente hasta que una roca del tamaño de una persona lo paró. Bajo la sombra del peñasco apenas soplaba el viento, y la nieve parecía caer aún más lenta y silenciosamente. Egger se sentó con la espalda un poco apoyada en el armazón. Notó un dolor intenso en la rodilla izquierda, pero era soportable y tenía la pierna entera. Hannes *el Corneta* estuvo un rato sin moverse, de pronto empezó a toser y luego a hablar, con un hilo de voz tan ronco y tan débil que apenas se le entendía.

—¿Dónde quieres yacer, Andreas Egger?

—¿Qué?

—¿En qué tierra quieres que te entierren?

—No lo sé —respondió Egger. Nunca se lo había planteado y en realidad pensaba que no valía la pena malgastar tiempo y cavilaciones en ese tipo de cosas—. La tierra es la tierra, no importa dónde yazcas.

—Tal vez dé lo mismo, igual que todo da lo mismo al final. —Oyó que susurraba Hannes *el Corneta*—. Pero hará frío. Un frío que hiela los huesos. Y el alma.

—¿El alma también? —preguntó Egger, que de pronto sintió un escalofrío en la espalda.

—¡Sobre todo el alma! —contestó Hannes *el Corneta*.

Había asomado la cabeza cuanto podía por encima del armazón y tenía la mirada fija en la pared de niebla y nieve.

—El alma, los huesos, el espíritu y todo aquello a lo que uno se ha aferrado y en lo que ha creído durante toda la vida. El frío eterno lo hiela todo. Así está escrito y así lo he oído. La muerte engendra nueva vida, dicen, pero las personas son más idiotas que las cabras. ¡Pues yo digo que la muerte no engendra nada! La muerte es la Dama Fría.

—La... ¿qué?

—La Dama Fría —repitió Hannes *el Corneta*—. Camina por la montaña y se desliza por el valle. Aparece cuando le place y coge lo que necesita. No tiene rostro ni voz. La Dama Fría llega, toma lo que desea y se va. Punto. Te agarra al pasar, te lleva con ella y te mete en un agujero. Y en el último pedazo de cielo que ves antes de la última palada de tierra definitiva, aparece de nuevo y te sopla en la cara. Luego sólo te queda la oscuridad. Y el frío.

Egger alzó la vista hacia el cielo invernal y por un momento temió que algo apareciera y le soplara en la cara.

—Dios mío —masculló—, es horrible.

—Sí, es horrible —dijo Hannes *el Corneta*, con la voz quebrada por el miedo.

Los dos hombres se quedaron inmóviles. Por encima del silencio se oía ahora el suave canto del viento, que soplabla en la cresta rocosa y pulverizaba los delicados copos de nieve. De pronto, Egger notó un movimiento y al cabo de un segundo cayó hacia atrás y quedó tumbado boca arriba en la nieve. De algún modo, Hannes *el Corneta* había conseguido deshacer los nudos y bajar a toda velocidad del armazón de madera. Ahí estaba, esquelético bajo los harapos, bamboleándose ligeramente al viento. Egger se estremeció de nuevo.

—Vuelve a subir ahora mismo —dijo—. Si no, acabarás cogiendo algo más.

Hannes *el Corneta* permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada hacia delante. Por un momento pareció que escuchaba las palabras de Egger, engullidas por la nieve. Luego dio media vuelta y echó a correr montaña arriba a zancadas. Egger levantó la cabeza, resbaló, cayó otra vez de espaldas entre improperios, clavó ambas manos en el suelo y se puso en pie.

—¡Ven aquí! —gritó al cabrero, que huía a una velocidad asombrosa.

Pero Hannes *el Corneta* ya no lo oía. Egger se quitó las correas de los hombros, dejó caer el armazón y salió corriendo tras él. Sin embargo, a los pocos metros tuvo que parar; le faltaba el aliento, ya que en aquel punto la pendiente era demasiado pronunciada y a cada paso se hundía en la nieve hasta la cadera. Ante sus ojos, la silueta filiforme del pastor iba volviéndose más pequeña, hasta que al final se diluyó del todo en el blanco impenetrable de la ventisca. Egger se llevó las manos a la boca haciendo bocina y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Para, insensato! ¡Nadie puede huir de la muerte!

Fue en vano: Hannes *el Corneta* había desaparecido.

Andreas Egger recorrió los últimos centenares de metros que quedaban hasta el pueblo para recuperarse de la profunda conmoción en la posada Goldenen Gamser con un plato de buñuelos de manteca y un licor casero. Buscó un sitio junto a la vieja estufa de azulejos, puso las manos sobre la mesa y notó cómo la sangre caliente volvía a correrle poco a poco por los dedos. Las portezuelas de la estufa estaban abiertas, dentro el fuego crepitaba. Por un breve instante creyó ver en las llamas el rostro del cabrero mirándolo fijamente. Se apresuró a cerrar la boca de la estufa y se bebió el licor de un trago con los ojos cerrados. Cuando los abrió de nuevo, tenía a una mujer joven delante. Estaba ahí, sin más, con los brazos en jarras y la vista clavada en él. Tenía el pelo corto, rubio pajizo, y la piel rosada le brillaba por el calor de la estufa. Egger no pudo evitar pensar en los lechones recién nacidos que cogía a veces de niño para hundir la cara en su barriga blanda, que olía a tierra, leche y excrementos. Se miró las manos. De pronto le parecían raras: pesadas, inútiles, brutas.

—¿Otro? —preguntó la chica.

Egger asintió. La camarera le sirvió otro vaso y, al inclinarse hacia delante para dejarlo en la mesa, le rozó el antebrazo con un pliegue de la blusa. El roce fue casi imperceptible, pero a Egger le causó un delicado dolor que a cada segundo que pasaba lo penetraba más en la carne. La miró y ella sonrió.

Andreas Egger recordaría durante toda su vida aquel instante, esa breve sonrisa, aquella tarde delante del leve chisporroteo de la estufa de la taberna.

Más tarde, cuando salió afuera, había parado de nevar. Hacía frío y el aire

estaba límpido. Los jirones de niebla bajaban a rastras por las montañas, cuyas cimas brillaban ya a la luz del sol. Egger abandonó el pueblo y caminó como pudo hundido en la nieve hacia casa. Junto al torrente, unos cuantos niños se alborozaban unos metros más abajo de la vieja pasarela de madera. Habían lanzado las carteras de la escuela a la nieve y trepaban por el cauce del riachuelo. Algunos se deslizaban por el agua congelada sobre el trasero, otros gateaban por el hielo y escuchaban el leve gorgoteo que se oía debajo. Al ver a Egger, se agruparon y empezaron a gritar: «¡Cojo! ¡Cojo!» Las voces sonaban altas y claras en el aire cristalino, como los gritos de las crías de águilas reales que planeaban en círculos sobre el valle y se abatían sobre las gamuzas que se habían despeñado en los desfiladeros y sobre las cabras de los prados. «¡Cojo! ¡Pata coja!» Egger soltó el armazón de madera, agarró un trozo de hielo que sobresalía en el lecho del arroyo, cogió impulso y lo lanzó hacia ellos. Apuntó demasiado alto y los pedacitos de hielo volaron muy por encima de las cabezas de los niños. En el punto más elevado de su trayectoria pareció por un instante que el hielo fuera a quedarse suspendido en el aire, como un pequeño cuerpo celeste que destellara bajo la luz del sol. Luego cayó y desapareció sin hacer ruido entre la sombra de los abetos cubiertos por la nieve.

*

Tres meses después, Egger estaba sentado justo en el mismo sitio en un tocón, mientras observaba cómo una nube de polvo amarillento oscurecía la entrada del valle, desde donde el equipo de construcción de la compañía Bittermann e Hijos, compuesto por doscientos sesenta obreros, doce maquinistas, cuatro ingenieros, siete cocineras italianas y un grupito de trabajadores sin atribuciones específicas, se acercaba al pueblo. De lejos, el pelotón parecía un rebaño enorme, pero al aguzar la vista se veían aquí y allá un brazo alzado o un pico apoyado en el hombro. El equipo constituía la punta de lanza de una columna de carros de caballos y camiones cargados de máquinas, herramientas, vigas metálicas, cemento y otros materiales de construcción que avanzaba por el camino de tierra a un ritmo lento. Era la primera vez que el traqueteo sordo de los motores diésel resonaba en el valle. Los lugareños guardaban silencio en el borde del camino, hasta que de pronto el viejo mozo de cuadra Joseph Malitzer se quitó el sombrero de fieltro de la

cabeza y lo lanzó al aire con un grito de júbilo. En ese momento, los demás también se pusieron a gritar, a dar voces y armar jaleo. Hacía semanas que esperaban el inicio de la primavera, y con él la llegada del equipo de obras. Iban a construir un teleférico impulsado con corriente eléctrica en cuyos vagones de madera de color azul cielo la gente podría subir hasta lo alto de la montaña y disfrutar de la vista panorámica del valle. Era un proyecto formidable. Durante casi dos mil metros de desnivel, unos cables de acero de veinticinco milímetros de grosor, entrelazados como víboras en pleno apareamiento, surcarían el cielo. Había que salvar un desnivel de mil trescientos metros, traspasar desfiladeros y dinamitar rocas salientes. Con el teleférico también llegaría la electricidad al valle. La corriente eléctrica fluiría por unos cables que emitirían un zumbido, y las calles, los salones y los establos resplandecerían con una luz cálida también de noche. En eso y en muchas otras cosas pensaba la gente mientras lanzaba los sombreros al aire y profería gritos de júbilo. A Egger le habría gustado unirse a ellos, pero por algún motivo se quedó sentado en su tocón. Se sentía abatido sin saber por qué. Quizá tuviera que ver con el traqueteo de los motores, con el ruido que de pronto había inundado el valle y que nadie sabía cuándo desaparecería. O si desaparecería. Egger se quedó ahí sentado un rato y luego no pudo contenerse más. Se levantó de un salto, bajó corriendo, se colocó junto al resto en el borde del camino y se puso a gritar con todas sus fuerzas.

-De niño, Andreas Egger nunca alzaba la voz ni lanzaba gritos de alegría. Hasta su primer año de colegio no habló de verdad. Le había costado reunir un puñado de palabras que recitaba en momentos ocasionales en cualquier orden. Hablar significaba llamar la atención, y eso no presagiaba nada bueno. Desde que un buen día del verano de 1902, cuando era un chiquillo, lo bajaron del carro de caballos que lo había llevado al pueblo desde una ciudad al otro lado de las montañas, siempre estaba en silencio y observaba con los ojos abiertos de par en par las refulgentes cimas blancas. Por aquel entonces tendría unos cuatro años, quizá un poco más o un poco menos. Nadie lo sabía con exactitud y a nadie le interesaba. A quien menos le importaba era al granjero Hubert Kranzstocker, que acogió a regañadientes al pequeño Egger tras darle con disimulo al cochero la mísera calderilla de veinte céntimos y un mendrugo de pan seco. El chiquillo era el único hijo de una de sus cuñadas,

que había llevado una vida disipada por la que el Señor la había castigado con una tuberculosis y la había acogido en su seno. Al menos había colgado del cuello del pequeño una bolsita de piel con algunos billetes. Fue argumento suficiente para que Kranzstocker no lo enviara al diablo o se lo dejara al cura en el pórtico de la iglesia, que para el caso significaba más o menos lo mismo. Fuera como fuese, ahora Egger simplemente estaba ahí y contemplaba absorto las montañas. Era la única imagen que conservaba de su tierna infancia, y que lo acompañó durante toda la vida. No tenía recuerdos anteriores, ni de los años que se sucedieron, los primeros en la granja de Kranzstocker, que en algún momento se difuminaron en las brumas del pasado.

Su siguiente recuerdo era de sí mismo a los ocho años, desnudo y flaco, uncido a un yugo de madera para bueyes. Las piernas y la cabeza oscilaban un poco sobre el suelo, que apestaba a boñiga de caballo, mientras su minúsculo trasero blanco asomaba al aire invernal y Kranzstocker le propinaba golpes con una vara de avellano. Como de costumbre, el granjero la había remojado con agua para que ganara flexibilidad, y ahora cortaba el aire con un silbido antes de acabar en el trasero de Egger con un ruido que parecía un quejido. Egger nunca gritaba, lo que animaba al granjero a golpearlo con más fuerza. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza y lo curtió para que sometiera la Tierra y todo lo que ocurría en ella. El hombre cumple la voluntad de Dios y pronuncia la palabra de Dios. El hombre crea vida con la fuerza de su lomo y la quita con la de sus brazos. El hombre es la carne y la tierra, y es granjero y se llama Hubert Kranzstocker. Cuando le apetece, rotura sus tierras, se coloca una cerda adulta sobre los hombros, trae a un niño al mundo o cuelga a otro de la viga del granero, puesto que él es el hombre, la palabra y la acción. «Perdónalo, Señor —dijo Kranzstocker, y la vara volvió a silbar—. Perdónalo, Señor.»

Había numerosos motivos para esos castigos: derramar la leche, que el pan se enmoheciera, que se extraviara una res o que la oración de la tarde se pronunciara tartamudeando. Un día, la vara le quedó demasiado gruesa al tallarla o se le olvidó ponerla en remojo, o lo golpeó con más furia de la habitual, nunca se supo con exactitud, pero el azote impactó con fuerza en algún lugar del cuerpecito del chiquillo y Egger ya no se movió. «Perdónalo, Señor», decía Kranzstocker, que bajó el brazo, asombrado. Luego llevó al pequeño a casa, lo tumbó en la paja y la granjera lo devolvió a la vida con

una tina de agua fría y una taza de leche caliente. Algo no estaba en su sitio en la pierna derecha, pero llevarlo al hospital era demasiado caro, así que lo atendió Alois Klammerer, que ejercía de ensalmador en el pueblo vecino. Alois Klammerer era un hombre afable con unas manos de color rosa pálido inusualmente pequeñas, cuya fuerza y destreza, no obstante, eran una leyenda entre los leñadores y los herreros. Una vez, años antes, acudió a la granja de Hirz, donde el hijo del granjero, un monstruo hercúleo adulto, borracho como una cuba, se había caído del techo del establo y llevaba horas retorciéndose de dolor, emitiendo sonidos inarticulados y defendiéndose con una horca de cualquier intervención. Alois Klammerer se le acercó con una sonrisa despreocupada, esquivó con habilidad los dientes de la horca, le metió dos dedos en las fosas nasales y con un sencillo movimiento lo obligó a arrodillarse para poner en su sitio primero aquella cabeza cuadrada y acto seguido el hueso dislocado.

En esta ocasión, el ensalmador Alois Klammerer también le colocó el fémur roto al pequeño Egger. Luego le entablilló la pierna con unos listones de madera finos, le untó una pomada de hierbas y la envolvió con una venda gruesa. Egger tuvo que pasar las seis semanas siguientes en el desván sobre un saco de paja y hacer sus necesidades recostado en un cubo viejo. Transcurridos muchos años, cuando ya hacía tiempo que era un hombre adulto y con la fuerza suficiente para bajar a un cabrero moribundo a la espalda, Andreas Egger pensó en las noches que había pasado en aquel desván, que apestaba a hierba, a excrementos de rata y a sus propias deposiciones. En el suelo notaba el calor del salón que quedaba debajo. Oía los leves gemidos que los hijos del granjero soltaban mientras dormían, los ronquidos estruendosos de Kranzstocker y los sonidos indefinibles de la granjera. Del establo le llegaban los ruidos de los animales, que roznaban, rumiaban, relinchaban. A veces, cuando no podía dormir en plena noche y la luna aparecía en el tragaluz, intentaba ponerse lo más recto posible para verla más de cerca. El claro de luna era agradable y suave, y si se miraba los dedos de los pies bajo su luz, parecían porciones de queso redondas.

Cuando finalmente volvieron a llamar al ensalmador pasadas seis semanas para que le aflojara la venda, la pierna estaba magra como un hueso de pollo. Además, sobresalía de la cadera y en conjunto parecía un poco arqueada y torcida.

—Ya se corregirá, como todo en la vida —dijo Klammerer, mientras

hundía las manos en un cuenco lleno de leche recién ordeñada.

El pequeño Egger reprimió el dolor, bajó de la cama, salió a rastras de la casa y continuó un tramo más por el gran prado de las gallinas, donde ya florecían las primulas y las margaritas. Se quitó la camisa de dormir y se dejó caer hacia atrás sobre la hierba con los brazos en cruz. El sol le acarició la cara y, por primera vez desde que tenía uso de razón, pensó en su madre, aunque hacía tiempo que no recordaba ninguna imagen suya. ¿Cómo debió de ser? ¿Cómo había sido su final? ¿Menuda, enjuta y blanca? ¿Con un rastro de sol tembloroso en la frente?

Egger recuperó las fuerzas. La pierna seguía torcida, y a partir de entonces tuvo que moverse por la vida cojeando. Era como si la pierna derecha necesitara siempre un segundo más que el resto del cuerpo, como si antes de dar cada paso tuviera que meditar si valía la pena semejante esfuerzo.

Los recuerdos de la infancia posterior de Andreas Egger eran para él deslavazados y fragmentarios. Un día vio cómo una montaña empezaba a moverse. Una sacudida recorrió la ladera sombría y, con un gemido seco, toda la pendiente empezó a deslizarse. La masa de tierra se llevó por delante la iglesia del bosque y unos cuantos montones de heno, y los muros inestables de la granja Kernsteiner, abandonada años atrás, quedaron sepultados. Un ternero al que habían aislado del rebaño porque tenía una herida abierta en una pata trasera saltó por los aires junto con el cerezo al que estaba atado. Por un instante miró el valle con los ojos desorbitados, antes de ser arrastrado y engullido por los guijarros. Egger recordó a la gente boquiabierta delante de sus casas, testimonio de la desgracia al otro lado del valle. Los niños se asían de las manos, los hombres guardaban silencio, las mujeres lloraban y por encima de todos ellos se oía el bisbiseo de los ancianos, que rezaban el padrenuestro. Al cabo de unos días encontraron al ternero unos centenares de metros más abajo, atado aún al cerezo, lamido por el agua en un meandro del arroyo, con la barriga hinchada y rígida y las patas erguidas hacia el cielo.

Egger compartía con los hijos del granjero la cama grande del dormitorio, lo cual no significaba que fuera uno de ellos. Durante toda su estancia en la granja siguió siendo el forastero, una presencia que se toleraba, el bastardo de una cuñada maldecida por Dios que debía la misericordia del granjero únicamente al contenido de una bolsita de piel. Bien mirado, no se lo consideraba un niño. Era una criatura destinada a trabajar, rezar y exponer el

trасero a la vara de avellano. Sólo la anciana madre de la granjera, la abuela, le dedicaba de vez en cuando una mirada cálida o una palabra amable. A veces le tocaba la cabeza y murmuraba un breve «que Dios te proteja». Cuando Egger se enteró de su repentina muerte durante la siega del heno —perdió el conocimiento mientras amasaba el pan, cayó hacia delante y se ahogó con el rostro en la masa—, soltó la guadaña, subió en silencio hasta la Esquina de las Águilas y buscó un lugar umbrío donde llorar.

La abuela estuvo expuesta durante tres días en un pequeño cuarto entre el salón y los establos. Reinaba una oscuridad absoluta, las ventanas estaban cegadas y las paredes cubiertas de crespones negros. Tenía las manos cruzadas sobre un rosario de madera y el rostro alumbrado por dos velas titilantes. El olor a descomposición se extendió con rapidez por toda la casa, fuera el sol quemaba y el calor penetraba por todas las rendijas en el cuarto del velatorio. Cuando por fin llegó el carro fúnebre, tirado por dos enormes Haflinger, los granjeros se congregaron por última vez alrededor del cadáver para despedirse. Kranzstocker la roció con agua bendita y masculló unas palabras.

—La abuela se ha ido —dijo—. No se sabe adónde, pero estará bien. Cuando algo viejo muere, deja sitio para algo nuevo. Así es, y así será siempre, amén.

La subieron al carro y el cortejo fúnebre emprendió su lenta marcha, acompañado, como de costumbre, por todo el pueblo. Al pasar junto a la herrería, la puerta oxidada se abrió de pronto y el perro del herrero salió. Tenía el pelaje negro como el carbón, y entre las patas destacaba su miembro sexual, hinchado y rojo. Corrió hacia el tiro ladrando como un poseso. El cochero hizo restallar el látigo sobre el lomo del animal, pero el perro no notó dolor alguno. Se abalanzó sobre uno de los caballos y se aferró a una de sus patas traseras. El Haflinger se encabritó y dio una coз. La pata gigantesca impactó en la cabeza del perro, se oyó un crujido, el animal aulló y cayó al suelo como un saco. Delante, el caballo herido se tambaleó a un lado y amenazó con romper el tiro contra la cuneta. El cochero, que había bajado de un salto y había hecho tascar el freno a sus animales, consiguió mantenerlo en el camino, pero detrás el ataúd se había resbalado hasta quedar al través. La tapa, que para el traslado sólo estaba cerrada de manera provisional y debía ser atornillada de forma definitiva junto a la tumba, se había abierto y el antebrazo de la difunta asomaba por un resquicio. En la oscuridad del

cuarto fúnebre la mano era blanca como la nieve, pero allí, bajo la luz clara del mediodía, parecía amarilla como los pétalos de las violetas de los Alpes, que florecían en la orilla sombría del arroyo y se marchitaban en cuanto el sol aparecía. El caballo se encabritó una vez más antes de quedarse quieto, con las ijadas temblorosas. Egger vio cómo la mano de la abuela se bamboleaba fuera del ataúd; por un momento parecía despedirse de él, un último «que Dios te proteja» sólo para él. Cerraron la tapa, devolvieron el ataúd a su posición y el cortejo fúnebre pudo seguir su marcha. El perro, que yacía de costado, se quedó en el camino, sufriendo espasmos, girando sobre sí mismo y dando mordiscos a ciegas. Se oyó el ruido de sus mandíbulas durante un buen rato, hasta que el herrero lo mató con un punzón largo.

–En 1910 se creó en el pueblo una escuela, y el pequeño Egger, después de hacer las tareas en el establo, pasó a sentarse todas las mañanas junto con los demás niños a aprender a leer, escribir y contar en un aula que olía a alquitrán fresco. Aprendía despacio y como si luchara contra una secreta resistencia interior, pero con el tiempo empezó a extraer cierto sentido del caos de puntos y rayas que ocupaba la pizarra, hasta que finalmente llegó a leer libros sin dibujos, lo que suscitó en él ciertas ideas, pero despertó también miedos relacionados con los mundos que se encontraban más allá del valle.

Tras la muerte de los dos hijos menores de los Kranzstocker, a quienes la difteria se llevó una larga noche de invierno, el trabajo en la granja se volvió aún más fatigoso, puesto que se repartía entre menos manos. Sin embargo, ahora Egger disfrutaba de más sitio en la cama y ya no tenía que pelearse por los mendrugos de pan con el resto de sus hermanastros y hermanastras. De todos modos, apenas había altercados físicos entre él y los demás niños, por la sencilla razón de que Egger se había hecho demasiado fuerte. Era como si la naturaleza intentara compensarlo desde lo de la pierna destrozada. A los trece años tenía los músculos de un hombre joven, y a los catorce lanzó por primera vez un saco de sesenta kilos a través del tragaluz del granero de cereales. Era fuerte, pero lento. Pensaba despacio, hablaba despacio, caminaba despacio, pero cada pensamiento, cada palabra y cada paso dejaban un rastro justo donde, a su juicio, debían dejarlo.

Un día después de su decimoctavo cumpleaños (como no había información precisa sobre su nacimiento, el alcalde fijó sin más una fecha

cualquiera de verano, el 15 de agosto de 1898, y expidió el documento correspondiente), durante la cena, a Egger se le resbaló de las manos el cuenco de arcilla con la sopa de leche, que se hizo añicos con un ruido sordo. La sopa con el pan recién puesto se derramó sobre los tablones del suelo. Kranzstocker, que ya tenía las manos unidas para bendecir la mesa, se levantó despacio.

—¡Ve a buscar la vara de avellano y ponla en remojo! —ordenó—. ¡Nos vemos dentro de media hora!

Egger descolgó la fusta del gancho, la dejó fuera, en el abrevadero, se colocó en el yugo de madera y dejó las piernas colgando. Al cabo de media hora apareció el granjero.

—¡Trae la vara! —gritó.

Egger salió del yugo y agarró la vara de la artesa. Kranzstocker la hizo silbar en el aire. La vara se arqueó con flexibilidad en su mano soltando un manto de gotas de agua ligeramente brillantes.

—¡Bájate los pantalones! —ordenó el granjero.

Egger se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—Mira por dónde, el mocoso quiere llevarle la contraria al granjero —dijo Kranzstocker.

—Lo único que quiero es estar tranquilo, nada más —repuso Egger.

El granjero movió la mandíbula hacia delante. Entre los rastrojos de la barba tenía pegados restos de leche seca. En el cuello le latía una vena larga e hinchada. Dio un paso adelante y levantó el brazo.

—¡Si me das, te mato! —gritó Egger.

Kranzstocker se quedó de piedra a medio movimiento.

Cuando Egger recordaba ese instante le parecía como si se hubieran mantenido así toda la tarde: él de brazos cruzados y el granjero con la vara de avellano en el puño alzado, ambos en silencio y con un odio frío en la mirada. En realidad, fueron como máximo unos segundos. Una gota de agua descendió despacio por la vara, se extinguió con un temblor y cayó sobre la tierra. Desde el establo se oía la rumia sorda de las vacas. En la casa se oyó la carcajada de un niño, luego se hizo de nuevo el silencio en la granja.

Kranzstocker bajó el brazo.

—Lárgate —dijo sin inmutarse.

Y Egger se fue.

*

Andreas Egger era un tullido, pero estaba fuerte. Arrimaba el hombro, exigía poco, apenas hablaba y aguantaba tanto el calor en el campo como el frío gélido en el bosque. Aceptaba cualquier tarea y se empleaba a conciencia y sin rechistar. Sabía manejar la guadaña y también la horca de heno. Hacía girar la hierba recién segada, cargaba carros de estiércol y retiraba piedras y gavillas de paja de los prados. Se arrastraba como un escarabajo por la tierra y perseguía al ganado extraviado entre los campos. Sabía en qué dirección había que cortar cada tipo de madera, cómo colocar la cuña, limar la sierra y afilar el hacha. Rara vez iba a la taberna, y nunca se permitía más que un plato y un vaso de cerveza o un licor. No pasaba casi ninguna noche en la cama, la mayoría dormía sobre el heno, en el desván, en habitaciones y establos junto al ganado. A veces, las noches templadas de verano, extendía una manta en algún prado recién roturado, se tumbaba boca arriba y contemplaba el cielo estrellado. Entonces se ponía a pensar en el futuro, que se abría ante él inmenso precisamente porque no esperaba nada. Y en ocasiones, cuando se quedaba tumbado el tiempo suficiente, tenía la sensación de que la tierra bajo su espalda se elevaba y descendía con suavidad, y en esos momentos sabía que las montañas respiraban.

A los veintinueve años, Egger había reunido bastante dinero para pagar el arrendamiento de un pequeño terreno con henal. El lugar se encontraba un poco más abajo del límite del arbolado, a unos quinientos metros en línea recta por encima del pueblo, y sólo se podía acceder a él por el estrecho sendero que conducía a Almerspitze. El terreno, escarpado y árido, prácticamente no tenía valor, estaba saturado de rocas y apenas superaba en tamaño al prado de las gallinas que había detrás de la granja de Kranzstocker. Aun así, muy cerca había una pequeña fuente con agua clara y fría que brotaba de la roca y por la mañana el sol salía por la cresta de la montaña media hora antes que en el pueblo y calentaba la tierra bajo los pies de Egger, tiosos del frío de la noche. Taló unos cuantos árboles en el bosque vecino, los trató allí mismo y arrastró los maderos hasta el henal para afianzar las paredes inclinadas. Para la base abrió un foso y lo llenó con las piedras del terreno, que no reducían su presencia y parecían crecer de la nada en el suelo polvoriento todas las noches. Las recogía y, como se aburría, les puso nombre. Cuando se le acabaron los nombres, les adjudicó palabras. Y cuando

en un momento dado comprendió que en su terreno había más piedras que las palabras que conocía, empezó de nuevo. No necesitaba arado ni animales. El terreno era demasiado pequeño para tener su propia granja, pero había espacio suficiente para un huerto minúsculo. Al final del todo levantó una valla baja para su nuevo hogar y se hizo una puertecita de reja, con el único fin de poder abrísela a los eventuales visitantes que pasaran por allí.

En definitiva, fue una buena temporada, Egger se sentía satisfecho y por él podría haber seguido así para siempre. Pero fue entonces cuando ocurrió la historia con el Corneta. Y a pesar de que, según su concepto de culpa y justicia, no pudo hacer nada por evitar la desaparición del cabrero, Egger no le había contado a nadie los hechos acaecidos en la densa ventisca. El Corneta fue dado por muerto y, aunque no habían encontrado el cadáver, el propio Egger no dudó ni por un instante que había fallecido. Sin embargo, no podía olvidar la imagen de la silueta filiforme que se desvanecía poco a poco en la niebla delante de sus narices.

Desde aquel día, Egger llevaba grabado en su interior de forma indeleble algo más: el dolor que había sentido tras el breve roce del pliegue de un tejido en la carne del antebrazo, los hombros, el pecho, que al final se le clavó en lo más profundo del corazón. Era un dolor muy leve, y aun así era el más agudo de todos los dolores que había padecido en su vida, incluidos los azotes de Kranzstocker con la vara de avellano.

Se llamaba Marie, y a Egger le parecía el nombre más bello del mundo. Había llegado al valle unos meses antes en busca de trabajo, con los zapatos gastados y el cabello polvoriento. Tuvo suerte de que el posadero hubiera largado a su empleada unos días antes por un embarazo imprevisto.

—Enséñame las manos —le dijo a Marie.

Observó con un gesto de satisfacción los callos de los dedos y le ofreció el puesto. A partir de entonces se dedicó a servir a los clientes y a hacer las camas de las pocas habitaciones que preparaban para los temporeros. Asumió la responsabilidad de las gallinas, ayudaba en el huerto, en la cocina, en la matanza y a vaciar el retrete de los clientes. Nunca se quejaba y no era ni coqueta ni se andaba con remilgos.

—¡Aparta las manos de ella! —dijo el posadero, y clavó en el pecho de Egger el dedo índice, aún brillante de la manteca de cerdo que acababa de untar—. Marie está hecha para el trabajo y no para el amor, ¿entendido?

—Entendido —contestó Egger, que sintió de nuevo una leve punzada en la

zona del corazón.

«Ante Dios no se puede mentir, pero sí a un posadero», pensó.

La esperó el domingo después de la misa. Llevaba un vestido y un sombrero blancos. El sombrero era precioso, pero Egger pensó que quizá le fuera un poco pequeño. Le recordó a los tallos que sobresalían oscuros en algunos puntos del suelo del bosque y en los que de vez en cuando florecía milagrosamente una única azucena. No obstante, quizá el sombrero fuera perfecto. Egger no lo sabía. No tenía ni idea de esas cosas. Su experiencia con las mujeres se limitaba a los servicios religiosos, durante los cuales se sentaba en la última fila de la capilla, escuchaba sus cánticos agudos y quedaba casi hechizado con el aroma dominical de sus cabellos lavados con jabón y frotados con lavanda.

—Me gustaría... —dijo con voz temblorosa, y se interrumpió a media frase; de pronto se le había olvidado lo que quería decir.

Estuvieron un rato bajo la sombra de la capilla, en silencio. Ella parecía cansada. Era como si en su rostro todavía se cerniera la penumbra de la iglesia. De la ceja izquierda le colgaba una diminuta partícula de polen amarilla, que temblaba con la brisa suave. De pronto ella le sonrió.

—De repente ha refrescado —dijo—. Quizá podríamos caminar un poco al sol.

Caminaron juntos por el sendero que salía de detrás de la iglesia hacia Harzerkogel. En la hierba murmuraba un pequeño arroyo, y en lo alto susurraban las copas de los árboles. En el sotobosque se oían por todas partes los gorjeos de los petirrojos, pero en cuanto se acercaban a ellos se hacía el silencio. Se detuvieron en un claro. Por encima de sus cabezas vieron un halcón, inmóvil. De pronto batió las alas y se inclinó a un lado. Fue como si se hubiese caído del cielo y desapareció de su vista. Marie recogió unas cuantas flores y Egger lanzó una piedra del tamaño de una cabeza al sotobosque, sólo porque le apetecía y tenía la fuerza para hacerlo. De regreso, al cruzar una pasarela desvencijada, ella lo agarró del antebrazo. La mano de Marie era áspera y cálida como un pedazo de madera bruñido por el sol. Egger sintió ganas de llevársela a la mejilla y quedarse así, quieto. En cambio, dio una gran zancada y siguió andando a toda prisa.

—Ten cuidado —dijo, sin volverse hacia ella—. ¡En este suelo es fácil romperse un tobillo!

Quedaban todos los domingos, más adelante a veces también entre semana.

Marie lucía en el cuello una cicatriz roja de unos veinte centímetros en forma de luna creciente, desde que de niña, mientras se encaramaba a una cerca de madera inestable, cayó en la pocilga y la mordió una cerda madre asustada. A Egger no le molestaba. Para él, las cicatrices eran como los años, llegan uno detrás de otro y todos juntos forman una persona. Por otra parte, a Marie no le molestaba que tuviera una pierna torcida. O por lo menos no lo decía. Jamás mencionaba su cojera, ni una palabra. En general, los dos eran poco habladores. Caminaban juntos mientras observaban sus propias sombras en la tierra, o se sentaban en una piedra a contemplar el valle.

Una tarde de finales de agosto, él la llevó a su terreno. Se agachó, abrió la portezuela y le cedió el paso. Aún tenía que pintar la cabaña, comentó él, el viento y la humedad se comen la madera antes de que uno pueda darse cuenta, y ahí se acaba la comodidad. Arriba había plantado algunas verduras; el apio, por ejemplo, ya estaba prácticamente con la cabeza fuera. Ahí arriba el sol ardía con más fuerza que abajo, en el valle. Eso no sólo era bueno para las plantas; también calentaba los huesos y el ánimo. Tampoco había que olvidar las vistas, dijo Egger al tiempo que trazaba un amplio semicírculo con el brazo: se veía toda la zona y cuando hacía buen tiempo incluso más allá. También quería pintar dentro, le explicó, con pintura de albañil. Tendría que mezclarla con leche fresca en vez de agua, claro, para que ganara consistencia. Quizá debería organizar bien la cocina, pero por lo menos ya contaba con todo lo necesario (ollas, platos, cubiertos y esas cosas), y cuando tuviera ocasión también esmerilaría las sartenes. No necesitaría un establo porque no había espacio ni tiempo para el ganado, y a fin de cuentas no quería ser granjero. Llevar una granja significaba estar toda la vida deambulando por el terreno, hurgando en la tierra con la mirada gacha. A su juicio, un hombre debía levantar la vista, mirar lo más lejos posible de su pedazo de tierra, tan limitado.

Tiempo después, Egger no recordaba haber hablado nunca tanto como durante aquella primera visita de Marie a su terreno. Las palabras le brotaron sin más, y Egger las escuchaba asombrado por cómo se sucedían unas detrás de otras, solas, para conformar juntas un sentido que él mismo les dio con sorprendente nitidez tras haberlas pronunciado.

Cuando bajaron por el estrecho sendero serpenteante hacia el valle, Egger calló de nuevo. Se notaba raro y sentía cierta vergüenza, pero no sabía por qué. Hicieron un alto en un recodo del camino. Se sentaron en la hierba y

apoyaron la espalda en el tronco de un haya caída. La madera conservaba el calor de los últimos días soleados, y olía a musgo seco y resina. Alrededor se alzaban las cimas de las montañas en el cielo despejado. Marie opinaba que parecían de porcelana y, pese a que Egger no había visto porcelana en toda su vida, le dio la razón. Debían ir con cuidado al caminar, comentó, un paso en falso y todo el paisaje podía agrietarse o romperse en infinidad de pedacitos minúsculos. Marie se echó a reír.

—Suenan divertido —dijo.

—Sí —contestó Egger.

Luego bajó la cabeza y no supo qué más decir. Tenía ganas de ponerse en pie, agarrar una roca y lanzarla en alguna dirección. Lo más alto y lejos que pudiera. Entonces notó el hombro de Marie apoyado en el suyo. Levantó la cabeza y dijo:

—¡Ya no aguanto más!

Se volvió hacia ella, le envolvió la cara con las manos y la besó.

—¡Vaya! —exclamó Marie—. ¡Qué fuerza tienes!

—¡Perdón! —se disculpó él, y retiró las manos, asustado.

—Pero ha sido bonito —dijo ella.

—¿Aunque te haya hecho daño?

—Sí —dijo—. Muy bonito.

Él volvió a envolverle el rostro con las manos, esta vez con el mismo con el que se coge un huevo de gallina o un polluelo recién nacido.

—Así está bien —dijo ella, y cerró los ojos.

—Egger habría preferido pedirle la mano ese mismo día, como mucho al siguiente. Sin embargo, no sabía cómo hacerlo. Pasó noches sentado en el umbral que había construido en su casa, contemplando la hierba iluminada por la luna a sus pies, dando vueltas a sus propias carencias. No era granjero ni quería serlo, pero tampoco era artesano, ni trabajaba en el bosque ni era pastor. A decir verdad, se ganaba la vida como una especie de peón, mozo de alquiler para todas las temporadas y ocasiones. Una persona así valía para todo, pero no como marido. Las mujeres esperaban más de sus futuros esposos, o eso tenía entendido Egger. Si por él fuera, se quedaría el resto de su vida sentado en el recodo de un camino, de la mano de Marie, apoyado en el tronco de un árbol resinoso. Pero ya no se trataba sólo de él. Sabía cuáles

eran sus obligaciones en este mundo. Quería proteger a Marie y cuidar de ella. Un hombre debía levantar la vista y mirar lo más lejos posible de su pedazo de tierra, le había dicho. Y quería mantener su palabra.

Egger se presentó en el almacén de la compañía Bittermann e Hijos, que se había extendido por todas las vertientes al otro lado del valle y contaba con más habitantes que el propio pueblo. Preguntó en las barracas por el responsable de contratación y entró en su despacho con una cautela inusitada, temeroso de que sus botas gruesas dañaran la alfombra que cubría casi todo el suelo y amortiguaba sus pasos, como si caminara sobre musgo. El responsable era un hombre grueso con una calva con cicatrices y rodeada de una corona de pelo corto. Estaba sentado a un escritorio de madera oscura y, pese al calor de la estancia, llevaba una chaqueta de cuero forrada de piel de cordero. El responsable, muy inclinado sobre un montón de documentos, no parecía haberse dado cuenta de que Egger había entrado. Sin embargo, justo cuando éste iba a hacerse notar con algún ruido, levantó la cabeza de forma inesperada.

—Eres cojo —dijo—. No necesitamos a nadie así.

—En esta zona no hay mejor trabajador que yo —contestó Egger—. Soy fuerte, puedo hacer de todo y lo hago.

—Pero eres cojo.

—En el valle puede ser —repuso Egger—. Pero en la montaña soy el único que camina recto.

El responsable se reclinó despacio en la silla. Se impuso un silencio en el despacho que se cernió sobre el corazón de Egger como un manto oscuro. Se quedó mirando la pared blanca y por un momento no supo por qué estaba allí. El responsable lanzó un suspiro. Levantó la mano para hacer un gesto, como si quisiera que Egger desapareciera de su vista. Luego dijo:

—Bienvenido a Bittermann e Hijos. Nada de alcohol, ni prostitutas, ni sindicatos. Empiezas a trabajar mañana a las cinco y media.

—Egger ayudaba a talar árboles y a levantar los enormes pilares de acero que trazaban una línea recta en la montaña cada cincuenta metros. Todos superaban en algunos metros el edificio más alto del pueblo, la iglesia. Por las pendientes subía a rastras hierro, madera y cemento y los volvía a bajar. También cavaba fosos para los cimientos en el suelo del bosque y hacía

agujeros del tamaño de un brazo en las rocas, donde el artificiero introducía los cartuchos de dinamita. Durante las voladuras se quedaba agachado con los demás, a cierta distancia de seguridad, en los troncos que yacían a izquierda y derecha en los amplios cortafuegos abiertos. Aguzaban el oído y notaban bajo las nalgas cómo la montaña temblaba con las detonaciones. Como conocía la zona a la perfección y además no se mareaba, solían enviarlo de avanzadilla y era el primero en llegar al lugar de la perforación. Deambulaba entre el estruendo, trepaba por las rocas y se colgaba de las paredes escarpadas, asegurado sólo con una cuerda fina, con la mirada clavada en las nubecitas de polvo que salían de la barrena para roca con la que trabajaba. A Egger le gustaba ese trabajo en la roca. Ahí arriba el aire era fresco y nítido, y a veces oía los chillidos de las águilas reales o veía cómo sus sombras silenciosas se deslizaban por la pared. Pensaba a menudo en Marie. En su mano cálida y áspera y en su cicatriz, cuya silueta inflada siempre reproducía mentalmente.

–En otoño, el desasosiego se apoderó de Egger. Al fin vio el momento de pedirle la mano a Marie, pero aún no sabía cómo hacerlo. Por la tarde se sentaba en el umbral de la puerta a imaginar situaciones y sueños difusos. Ni hablar, pensaba para sus adentros, no podía ser una petición cualquiera. Tenía que reflejar en cierto modo la magnitud de su amor y grabarse a fuego en la memoria y el corazón de Marie. Pensó en un texto, pero todavía escribía menos de lo que hablaba, es decir, casi nunca. ¿Acaso una carta no ofrecía posibilidades mucho más limitadas? ¿Cómo iba a encajar todas las ideas y sentimientos que ella le inspiraba en un malhadado trozo de papel? Preferiría escribir su amor en la montaña, enorme para que lo viera todo el mundo en el valle. Le explicó el problema a su colega Thomas Mattl, con quien arrancaba en el borde del cortafuegos las malas hierbas. Mattl era un leñador experimentado y uno de los trabajadores más antiguos de la compañía. Hacía casi treinta años que recorría las regiones montañosas con diferentes grupos para arrasar los bosques en nombre del progreso y plantar estructuras de acero o pilares de cemento en el suelo. A pesar de la edad y de los dolores que, según él, le mordían en la zona lumbar como una jauría de perros furiosos, se movía por el sotobosque con agilidad y destreza. Quizá cabía la posibilidad de escribir algo en la montaña, comentó Mattl mientras se mesaba

la barba, con la tinta del diablo, con el fuego. De joven trabajó durante unos cuantos veranos en las regiones del norte en la construcción de puentes y vivió la antigua tradición del fuego del Sagrado Corazón, según la cual en el solsticio de verano se encienden enormes figuras de fuego que iluminan la montaña de noche. Si se podía pintar con fuego, decía, también se podía escribir con él. Como por ejemplo una especie de declaración a esa tal Marie. Tres o cuatro palabras, no más, claro, más ni siquiera sería factible. «¿Quieres casarte conmigo?» o «Ven conmigo, cariño», el tipo de cosas que las mujeres de bien gustan de escuchar.

—Eso podría funcionar —añadió Matzl, pensativo.

Luego se llevó una mano a la nuca y se quitó un pequeño tallo con yemas que se le había enredado en el cuello. Mordió uno detrás de otro los pequeños capullos blancos y los chupeteó como si fueran caramelos.

—Sí —asintió Egger—. Eso podría funcionar.

Al cabo de dos semanas, a última hora de la tarde del primer domingo de octubre, diecisiete de los hombres de más confianza de la brigada de Egger treparon entre los guijarros más arriba de la Esquina de las Águilas para colocar, siguiendo las órdenes que Matzl les gritaba a pleno pulmón, doscientos cincuenta sacos de hilo de kilo y medio, llenos de serrín y empapados con petróleo, separados a una distancia de unos dos metros, según una línea dibujada con una cuerda de cáñamo. Unos días antes, Egger había reunido a los hombres después del trabajo, en la cantina, para explicarles el plan y convencerlos para que colaboraran.

—Recibiréis setenta monedas de diez peniques y un cuarto de litro de licor —dijo, al tiempo que paseaba la mirada entre sus rostros mugrientos.

Llevaba las últimas semanas ahorrando el dinero del sueldo, juntó las monedas en una cajita para velas y la guardó en un agujero bajo el umbral de su puerta.

—¡Queremos ochenta monedas de diez peniques y medio litro! —dijo un mecánico de pelo negro que había llegado a la compañía unas semanas antes procedente de Lombardía y que, gracias a ese temperamento impulsivo, se había ganado enseguida una cierta autoridad en el grupo.

—Noventa monedas y nada de licor —repuso Egger.

—El licor es parte del trato.

—Sesenta monedas y medio litro.

—¡Hecho! —gritó el hombre de pelo negro, que dio un puñetazo sobre la

mesa a modo de confirmación.

Thomas Mattl pasó la mayor parte del tiempo sentado en un saliente rocoso, controlando los movimientos de los hombres. Los sacos de serrín no podían en ningún caso quedar a más de dos metros de distancia, ya que de lo contrario se abrirían huecos en las letras del mensaje.

—¡El amor no puede terminar por culpa de unas letras con agujeros, imbécil! —gritó, mientras lanzaba una piedra del tamaño de un puño en dirección a un joven montador de andamios que dejaba demasiada distancia entre los sacos.

Todos los sacos estuvieron colocados a tiempo para la puesta de sol. La noche se cernió sobre las montañas, y Mattl bajó de la roca y se dirigió hacia el primer saco de la primera letra. Echó un vistazo a la pendiente, donde los hombres se habían repartido de manera uniforme. Luego se sacudió el polvo de los pantalones, sacó una cajita de fósforos del bolsillo y encendió un palo envuelto en un trapo empapado de petróleo que estaba clavado en la tierra, delante de él. Agarró la antorcha, la balanceó sobre la cabeza y profirió el grito triunfal, el más agudo y fuerte de toda su vida. Casi al mismo tiempo, dieciséis antorchas se encendieron en la pendiente pedregosa y los hombres empezaron a recorrer las líneas a toda prisa mientras prendían los sacos uno tras otro. Mattl se reía para sus adentros. Pensó satisfecho en el licor que lo esperaba, pero sentía en la nuca el aliento de la fría noche, que cada vez era más profunda en las montañas.

Justo en ese momento, abajo, en el valle, Andreas Egger rodeó los hombros de Marie con el brazo. Habían quedado al atardecer en el tocón que había junto a la vieja pasarela y, para alivio de Egger, Marie había sido puntual. Llevaba un vestido vaporoso de lino y el cabello le olía a jabón, heno y, según le pareció a Egger, también un poco a asado de cerdo. Él extendió su chaqueta sobre el tocón y la invitó a sentarse. Quería enseñarle algo, algo que jamás olvidaría.

—¿Algo bonito? —preguntó Marie.

—Puede ser —contestó él.

Se sentaron juntos y contemplaron en silencio cómo el sol desaparecía tras las montañas. Egger oía los latidos de su propio corazón. Por un instante sintió como si no latiera en su pecho, sino dentro del tocón, como si la madera mohosa hubiera cobrado una vida nueva. Luego oyeron a lo lejos el grito triunfal de Thomas Mattl y Egger señaló hacia la oscuridad.

—Mira —dijo.

Al cabo de un segundo, en lo alto del otro lado del valle, ardían dieciséis luces que empezaron a moverse en todas direcciones como una nube de luciérnagas. Por el camino, las luces iban perdiendo gotas encendidas que se fueron uniendo en forma de líneas curvas. Egger sintió el cuerpo de Marie a su lado. La rodeó de nuevo con un brazo y oyó su tenue respiración. Arriba, las líneas brillantes fueron trazando más arcos en la ladera o se cerraron formando estructuras redondeadas. Finalmente, arriba a la izquierda, se iluminaron dos puntos y Egger supo que el viejo Matzl en persona había trepado por la pendiente pedregosa para encender los últimos dos sacos de petróleo.

«P A R A T I, M A R I E», se leía en la montaña en letras vacilantes, enormes y visibles desde todo el valle. La «M» había quedado bastante torcida y le faltaba un trozo, como si alguien la hubiera roto por el medio y le hubiera separado las piernas. Era evidente que por lo menos dos sacos no se habían encendido, o ni siquiera se habían llegado a colocar. Egger respiró hondo, se volvió hacia Marie y aguzó la vista para verle el rostro en la oscuridad.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó.

—Sí —susurró ella, con una voz tan tenue que Egger no estaba seguro de haberla entendido bien.

—¿Quieres ser mi esposa, Marie? —preguntó de nuevo.

—Sí, quiero —contestó ella con firmeza.

Egger tuvo la sensación de que iba a caer de espaldas del tocón de un momento a otro. Sin embargo, siguió sentado. Se abrazaron, y cuando se separaron el fuego de la montaña se había extinguido.

—Las noches de Egger nunca volvieron a ser solitarias. A su lado en la cama estaba su esposa, que respiraba tranquila, y a veces podía observar su cuerpo, que se dibujaba bajo la manta y que, aunque lo iba conociendo cada vez mejor a medida que transcurrían las semanas, aún le parecía un milagro incomprensible. Ya tenía oficialmente treinta y tres años, y sabía cuáles eran sus obligaciones. Protegería y cuidaría de Marie, se lo había prometido y quería cumplirlo. Por eso un lunes por la mañana se presentó de nuevo en la barraca del responsable de contratación, delante de su escritorio.

—Me gustaría trabajar más —dijo, mientras retorció el gorro de lana con las manos.

El responsable levantó la cabeza y lo miró malhumorado.

—Nadie quiere trabajar más.

—Yo sí, porque quiero formar una familia.

—Entonces quieres más dinero, no más trabajo.

—Si lo ve así, su razón tendrá.

—Sí, creo que lo veo así. ¿Cuánto ganas ahora?

—Sesenta monedas de diez peniques la hora.

El responsable se reclinó sobre la silla y miró por la ventana. Al otro lado, tras una capa de polvo, se dibujaba la cima blanca del Hahnenzinne. Se acarició despacio la calva con un dedo. Luego soltó un suspiro contenido y miró a Egger a los ojos.

—Cobrarás ochenta, pero quiero que te dejes los cuernos por cada moneda. ¿Lo harás?

Egger asintió y el responsable suspiró de nuevo. Luego dijo algo que Egger, pese a que en aquel momento no lo entendió, no olvidó en la vida:

—Se pueden comprar las horas de un hombre, robarle los días o arrebatarse toda su vida. Pero nadie puede quitarle a un hombre ni un solo instante. Es así, ¡y ahora déjame tranquilo!

*

Entretanto, las brigadas de la compañía Bittermann e Hijos habían llegado mucho más allá del límite del arbolado, dejando una cicatriz de casi kilómetro y medio de largo, y en algunos puntos de hasta treinta metros de ancho. Aún quedaban unos cuatrocientos metros hasta la estación de montaña prevista, por debajo de la cima del Karleitner, pero el terreno era escarpado e inaccesible, y en el último tramo había que superar una pared casi vertical, coronada por una roca colgante que los lugareños habían bautizado por su forma como la Calavera Gigante. Durante días, Egger estuvo colgado justo debajo de la barbilla de la Calavera Gigante, por encima de varios valles, abriendo agujeros en el granito en los que enroscaba tornillos de fijación del tamaño de un antebrazo, que más tarde debían soportar un cable metálico largo para uso de los técnicos de mantenimiento. Con un orgullo disimulado, pensó en los hombres que en algún momento treparían por esos cables sin

plantearse que le deberían la vida a él y a su habilidad. Durante los breves instantes de respiro, se quedaba agachado en un saliente rocoso y observaba el valle. Hacía unas semanas que habían puesto grava y asfaltado el antiguo camino, y entre la bruma vaporosa podía distinguir formas humanas espectrales que, aparentemente en silencio dada la distancia, trabajaban el asfalto caliente con picos y palas.

En invierno, Egger era de los pocos que aún seguía en nómina en la compañía. Junto con un puñado de hombres, entre ellos Thomas Mattl, que gracias a su experiencia de toda una vida en el bosque se había vuelto extremadamente útil para la empresa, siguió ensanchando los cortafuegos y manteniéndolos libres de piedras, madera antigua y raíces secas. A menudo caminaban con la nieve hasta la cadera y arrancaban una raíz del suelo congelado, mientras el viento les lanzaba los copos helados a la cara como si fueran perdigones y la piel les empezaba a sangrar. Durante el trabajo hablaban sólo lo necesario, y en las pausas del mediodía se sentaban callados bajo un abeto cubierto de nieve y ponían su bocadillo al fuego. Se arrastraban uno detrás del otro entre la maleza o se quedaban sentados durante una tormenta protegidos del viento por una roca y se soplaban las manos, entumecidas por el frío. Egger pensaba que eran como animales, se deslizaban por la tierra, hacían sus necesidades detrás de cualquier árbol y estaban tan mugrientos que apenas se distinguían de la naturaleza envolvente. También solía pensar en Marie, que lo esperaba en casa. Ya no estaba solo y, a pesar de que esa sensación aún le resultaba rara, le proporcionaba más calor que el fuego en cuyas brasas ponían sus botas a secar, endurecidas como el hierro.

En primavera, mientras se producía el deshielo y en todo el bosque empezaba el misterioso goteo y borboteo del agua, ocurrió una desgracia en el grupo de Egger. Mientras trabajaban un pino aplastado por el peso de la nieve, la madera cedió con un gran estrépito, el tronco se partió y de él saltó disparado un fragmento del tamaño de una persona que sajó el brazo derecho de un joven leñador llamado Gustl Grollerer, que por desgracia lo tenía levantado por encima de la cabeza para dar el siguiente hachazo. Grollerer se desplomó y se quedó mirando el brazo, que se encontraba a dos metros de él en el suelo, con los dedos asidos aún al mango del hacha. Por un instante se impuso un silencio extraño sobre lo ocurrido, como si todo el bosque se hubiera paralizado, con el aliento contenido. Fue Thomas Mattl el primero en

reaccionar.

—Dios mío —dijo—, eso tiene mala pinta.

Cogió de la caja de herramientas una cuerda de alambre que usaban para separar la corteza y la apretó con todas sus fuerzas alrededor del muñón de Grollerer, del que brotaba sangre negra. Grollerer soltó un alarido, movió convulsivamente el torso y luego se quedó inconsciente.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Mattl, al tiempo que envolvía la herida con un pañuelo—. ¡Aún no se ha desangrado nadie tan rápido!

Uno de los hombres propuso cortar unas ramas para construir una camilla. Otro se dispuso a frotar la herida con un manojo de hierbas del bosque, pero enseguida se lo impidieron. Al final acordaron que lo mejor era bajar al herido al pueblo tal como estaba, una vez allí colocarlo en la superficie de carga de un vehículo y llevarlo al hospital. El mecánico de Lombardía levantó del suelo a Grollerer y se lo cargó a los hombros como si fuera un saco. Se inició una breve discusión sobre qué hacer con el brazo. Unos propusieron guardarlo y llevárselo, tal vez los médicos podrían cosérselo de nuevo. Los malditos médicos nunca le volverían a coser el brazo, replicaron otros, y aunque consiguieran hacerlo de algún modo, le quedaría colgando de un lado, feo y flácido, y le causaría problemas el resto de su vida. Fue el propio Grollerer quien puso fin a la discusión al recobrar la conciencia y levantar la cabeza a la espalda del mecánico:

—Enterrad el brazo en el bosque. ¡A lo mejor crece una hierba de San Juan!

Mientras los demás hombres se dirigían al pueblo con el antiguo leñador Gustl Grollerer, Egger y Thomas Mattl se quedaron en el lugar del accidente para enterrar la extremidad. El follaje y la tierra sobre los que yacía se habían oscurecido por la sangre, y los dedos parecían de cera y estaban fríos cuando los separaron del mango del hacha. En la yema del dedo índice tenía un pequeño escarabajo negro. Mattl sostuvo el brazo rígido estirado delante de él y lo examinó con atención.

—Es raro —dijo—. Hace un momento era parte de Grollerer, y ahora está inerte y apenas vale más que una rama podrida. ¿Tú crees que Grollerer sigue siendo Grollerer?

Egger se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Sólo que es un Grollerer con un único brazo.

—¿Y si el árbol le hubiera sajado las dos extremidades?

—También. Seguiría siendo Grollerer.

—¿Y si, pongamos por caso, le hubiera cortado los dos brazos, las dos piernas y media cabeza?

Egger se quedó pensativo.

—Aun así probablemente seguiría siendo Grollerer... —De pronto ya no estaba tan seguro.

Thomas Matzl suspiró. Puso el brazo con cuidado en la caja de herramientas y juntos abrieron un agujero en el suelo con unas cuantas paladas. Para entonces, el bosque había recuperado el aliento y los pájaros trinaban sobre sus cabezas. Había sido un día frío, pero el manto de nubes empezó a abrirse, la luz del sol cayó en haces titilantes a través del follaje y transformó la tierra endurecida en un fango pastoso. Colocaron el brazo en su pequeña sepultura y lo enterraron. Lo último que desapareció fueron los dedos. Por un momento sobresalieron de la tierra como gusanos, y luego se hundieron. Matzl sacó su petaca de tabaco y cargó la pipa de madera de ciruelo que él mismo había tallado.

—La muerte es una porquería —dijo—. Con el tiempo vamos menguando. En unos pasa rápido, en otros puede durar más. Desde el nacimiento vamos perdiendo una cosa tras otra: primero un dedo, luego un brazo; primero un diente, luego la dentadura; primero un recuerdo, luego la memoria entera; y así sucesivamente, hasta que llega un momento en que ya no nos queda nada. Entonces meten nuestros últimos restos en un agujero, los tapan a paladas y listo.

—Y hará frío —dijo Egger—. Un frío que hiela el alma.

El viejo se lo quedó mirando. Luego torció el gesto y escupió, sin sacarse la pipa de la boca, hacia la insidiosa astilla de pino, que tenía la sangre de Grollerer pegada en los bordes.

—Tonterías. No habrá nada, ni frío ni, mucho menos, alma. ¡El muerto está muerto y punto! Luego no hay nada, ni siquiera un Dios misericordioso. Porque si hubiera un Dios misericordioso, su reino celestial no quedaría tan lejos, ¡maldita sea!

Thomas Matzl abandonó este mundo pasados nueve años casi exactos desde aquel día. Toda su vida deseó morir trabajando, pero no fue así. Mientras se bañaba en la única bañera del campamento, un monstruo encorvado de acero galvanizado que uno de los cocineros alquilaba a los trabajadores a cambio de una pequeña aportación, Thomas Matzl se quedó

dormido. Cuando despertó, el agua estaba helada y ya nunca se liberó de la congestión. Pasó varias noches sudando en su catre, mientras decía incoherencias sobre su madre, fallecida tiempo atrás, o sobre el «demonio del bosque sediento de sangre». Una mañana se levantó, declaró que estaba curado y que quería trabajar. Se puso los pantalones, se dirigió a la puerta, alzó la cabeza hacia el sol y cayó fulminado. Lo enterraron en el prado escarpado que se encontraba junto al cementerio del pueblo y que la compañía había comprado al concejo. Para despedirlo se congregaron casi todos los trabajadores que libraban y escucharon el breve homenaje póstumo que uno de los capataces pronunció sobre el duro trabajo en la montaña y el alma pura de Mattl.

Thomas Mattl fue uno de los treinta y siete hombres que fallecieron oficialmente mientras trabajaban para la compañía Bittermann e Hijos hasta que ésta quebró en 1946. Sin embargo, en realidad fueron muchos más los que entregaron su vida a la constructora del teleférico, que desde la década de 1930 se expandía cada vez más rápido. «Por cada cabina acaba uno bajo tierra», dijo Mattl una de sus últimas noches. Para entonces, los demás hombres ya no se lo tomaban muy en serio y pensaban que la fiebre le había arrebatado el poco sentido común que le quedaba.

–Así terminó Andreas Egger su primer año en la compañía Bittermann e Hijos, y el primer teleférico Wendenkloger (ésta era la denominación oficial, aunque sólo la utilizaban el alcalde y los turistas; los lugareños lo llamaban «Liesl Azul» por los dos vagones de color azul claro cuyo frontal chato recordaba además a la esposa del alcalde) se inauguró en la estación de montaña con una gran ceremonia, a la que asistió mucha gente distinguida de fuera que, con sus trajes delicados y vestidos aún más finos, se quedó congelada en la plataforma mientras el cura daba su bendición a voces para hacerse oír por encima del viento, con la sotana revoloteando alrededor de su cuerpo como el plumaje desgredado de una grajilla. Egger se encontraba entre sus compañeros, que se habían repartido por la montaña por debajo de la Calavera Gigante, y cada vez que veía que la gente de la plataforma aplaudía, levantaba los brazos y lanzaba un grito de entusiasmo. Una extraña sensación de plenitud y orgullo henchía su corazón. Se sentía parte de algo grande, algo que superaba con creces sus propias capacidades (incluida su

imaginación) y que, a su entender, llevaría el progreso no sólo al valle, sino en cierto modo a la humanidad entera. Desde que unos días antes la Liesl Azul había avanzado balanceándose por primera vez en su trayecto de prueba, con algunas sacudidas pero sin contratiempos, las montañas parecían haber perdido parte de su extensión perpetua. Y llegarían más teleféricos. La compañía había prolongado los contratos de casi todos los trabajadores, y había presentado planes para la construcción de quince teleféricos en total, entre ellos uno insólito que tenía previsto transportar pasajeros con sus mochilas y esquís en unas sillas de madera suspendidas en el aire. A Egger le parecía una idea ridícula, pero en el fondo admiraba a los ingenieros, capaces de extraer de sus cabezas semejantes fantasías y de no dejar que las tormentas de nieve ni el calor veraniego enturbiaran su optimismo ni el brillo de sus zapatos siempre encerados.

–Pasada media vida, o casi cuatro decenios, en el verano de 1972, Egger se encontraba justo en el mismo lugar, observando cómo las cabinas de color gris metalizado de la antigua Liesl Azul bajaban balanceándose con fluidez y acompañadas por un zumbido apenas audible. Arriba, en la plataforma, se abrieron las puertas de las cabinas con un silbido prolongado para desembarcar a un puñado de excursionistas que se separaron en todas direcciones y se repartieron por la montaña como una espesa nube de insectos de colores. A Egger lo irritaban esas gentes que trepaban atolondradas entre la rocalla, siempre en busca de algún prodigio escondido. Le daban ganas de ir a su encuentro para decirles lo que pensaba, pero en el fondo no sabía qué reprocharles. En su fuero interno, por lo menos eso lo reconocía, envidiaba a los excursionistas. Los veía saltar las rocas con zapatillas de deporte y pantalones cortos, se colocaban a sus hijos en los hombros y sonreían a las cámaras. Él, en cambio, era un hombre viejo al que ya no necesitaban, contento de poder moverse más o menos erguido. Llevaba tanto tiempo en este mundo que lo había visto transformarse, y cada año parecía moverse más deprisa; se sentía como un vestigio de una época perdida tiempo atrás, una hierba espinosa que se estiraba desesperadamente hacia el sol.

–Las semanas y los meses que siguieron al acto inaugural en la estación de montaña fueron la época más feliz de la vida de Andreas Egger. Se

consideraba un engranaje, pequeño pero importante, de una máquina gigantesca llamada «progreso», y a veces, antes de dormir, se imaginaba sentado en las entrañas de esa máquina que se abría camino sin tregua entre los bosques y las montañas, mientras pensaba cómo contribuía él a ese progreso imparable con el sudor de su frente. Había sacado las palabras «con el sudor de su frente» de un cuaderno de lectura hecho trizas que Marie había encontrado debajo de un banco de la taberna y que le leía algunas tardes. Además de todo tipo de reflexiones morales y sobre moda urbana, jardinería y cría de animales de compañía, en el cuaderno también había una historia. La protagonizaba un noble ruso venido a menos que lleva a su amada, hija de campesinos bendecida con unos peculiares dones, en coche de caballos por media Rusia durante un invierno, para ponerla a salvo de la persecución de un puñado de autoridades rurales fanáticamente religiosas, entre las que se contaba el propio padre de la joven. La historia tenía un final trágico, pero estaba plagada de esas escenas llamadas «románticas» que Marie leía con un temblor en la voz apenas audible y que suscitaban en Egger una mezcla de repugnancia y fascinación. Escuchaba las palabras que salían de la boca de Marie y notaba que bajo la manta se propagaba poco a poco un calor que, según él, pronto impregnaría toda la cabaña. Cada vez que el noble empobrecido y la hija de los campesinos salían a toda prisa en su coche por la estepa cubierta de nieve, con el trote de los caballos y los gritos de furia de sus perseguidores detrás, y la chica se lanzaba aterrorizada a los brazos del conde y le rozaba las mejillas con el borde del vestido ya sucio del viaje, Egger se exasperaba. Apartaba la manta a patadas y miraba con ojos encendidos la oscuridad parpadeante bajo las vigas. Entonces Marie guardaba con cuidado el cuaderno bajo la cama y apagaba la vela de un soplo. «Ven», mascullaba en la negrura, y Egger obedecía.

A finales de marzo de 1935, Egger y Marie estaban sentados tras la puesta de sol en el umbral de la puerta, contemplando el valle. Había nevado mucho durante las semanas anteriores, pero hacía dos días que la primavera se había anunciado con una irrupción de calor repentino, la nieve se derretía en todas partes y, durante el día, bajo los canalones asomaban ya los picos de las crías de golondrina en el borde del nido. Las golondrinas adultas volaban desde primera hasta última hora con gusanos e insectos en el pico para llevárselos a

su prole. Egger pensaba que con todas sus deposiciones acumuladas bastaría para hacer unos nuevos fundamentos. A Marie, en cambio, le gustaban los pájaros, los consideraba amuletos revoloteadores que ahuyentaban el mal de la casa, así que Egger se resignaba a la suciedad y el nido se quedaba allí.

Egger recorrió con la mirada el pueblo y el lado del valle que quedaba enfrente. Las ventanas de muchas casas estaban ya iluminadas. Hacía un tiempo que había electricidad en el valle, y algunos días se veía aquí y allá un viejo habitante en su salón, delante de una lámpara, admirando la claridad incandescente. En el campamento también habían encendido las luces, y de los estrechos tubos de hierro subía el humo casi en vertical hacia el cielo vespertino encapotado. Desde la distancia parecía como si las nubes estuvieran sujetas a los tejados con unas agujas finas y quedaran suspendidas cual enormes globos informes sobre el valle. Las cabinas de la Liesl Azul estaban paradas, y Egger pensó en los dos técnicos de mantenimiento que en aquel preciso instante pululaban por la sala de máquinas con sus latas de aceite para engrasar las ruedas. Ya habían terminado otro teleférico y habían empezado a abrir un cortafuegos en el bosque para construir un tercero en el valle contiguo, más ancho y largo que los dos primeros juntos. Egger observó su terreno escarpado y cubierto de nieve, que se extendía al frente. Notó que una cálida vaharada de satisfacción lo invadía y le entraron ganas de levantarse de un salto y gritar su suerte al mundo, pero Marie estaba tan tranquila y silenciosa allí sentada que él también se quedó en su sitio.

—A lo mejor podríamos plantar más verduras —dijo—. Podría agrandar el huerto. Por detrás de la casa, me refiero. Patatas, cebollas y esas cosas.

—Sí, no estaría mal, Andreas —contestó ella.

Egger la miró. No recordaba que lo hubiera llamado nunca por su nombre. Era la primera vez, y le causaba una sensación extraña. Se secó la frente un momento con el dorso de la mano y desvió de nuevo la mirada.

—Hay que ver si eso puede crecer en un suelo así —dijo, al tiempo que hurgaba con la punta del zapato en la tierra congelada.

—Algo crecerá. Y será algo maravilloso —dijo ella.

Egger la miró de nuevo. Estaba un poco recostada, apenas se le veía la cara a la sombra de la entrada. Sólo se le reconocían los ojos, dos gotas brillantes en la oscuridad.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él en voz baja.

De repente se sintió angustiado allí sentado, junto a aquella mujer, tan

conocida y tan extraña al mismo tiempo. Ella inclinó el torso un poco hacia delante y se puso las manos en el regazo. Las tenía inhabitualmente suaves y blancas. Era imposible que unas horas antes hubieran estado cortando leña con el hacha. Él estiró el brazo, le tocó el hombro y, aunque seguía mirándole las manos blancas sobre el regazo, sabía que Marie sonreía.

-De noche, un ruido extraño despertó a Egger. No fue más que una corazonada, un leve susurro que merodeaba por las paredes. Egger se quedó tendido a oscuras, escuchando. Notó el calor de su esposa a su lado y oyó su leve respiración. Al final se levantó y salió fuera. Lo recibió el viento cálido de los Alpes, que enseguida le arrebató la puerta de la mano. Por el cielo nocturno pasaron presurosas unas nubes negras, entre las que parpadeaba brillante una luna pálida e informe. Egger subió un trecho del prado a paso lento. La nieve era pesada y húmeda, y por todas partes borboteaba el agua del deshielo. Egger pensó en las hortalizas y en todo lo que podrían hacer. El suelo no daba para mucho, pero bastaría. Podrían tener una cabra o tal vez incluso una vaca, pensó, por la leche. Se detuvo. En algún lugar allí arriba oyó un ruido, como si algo en las entrañas de la montaña se quebrara con un gemido. A continuación oyó un estruendo profundo y creciente, y de inmediato la tierra empezó a temblar bajo sus pies. De pronto sintió frío. En unos segundos el estruendo se convirtió en un sonido penetrante y agudo. Egger se quedó inmóvil y oyó que la montaña empezaba a cantar. Luego, a una distancia de unos veinte metros, vio pasar en silencio una forma grande y negra y, antes de que pudiera comprender que era el tronco de un árbol, salió disparado. Corrió hacia la casa entre la nieve espesa y llamó a Marie, pero entonces algo se apoderó de él y lo levantó. Se sintió transportado, y su última visión antes de que una ola oscura se impusiera fueron sus piernas alzadas hacia el cielo, como si hubieran perdido la conexión con el resto del cuerpo.

Cuando Egger volvió en sí, las nubes habían desaparecido y la luna refulgía blanca en el cielo nocturno. Las montañas se erguían a su alrededor bajo esa luz restallante, su cresta helada parecía estampada en hojalata y su agudeza y su claridad cortaban en pedazos el cielo. Egger estaba tumbado de espaldas en diagonal. Podía mover la cabeza y los brazos, pero tenía las piernas hundidas en la nieve hasta la cadera. Se puso a cavar. Fue apartando

la nieve y rascándola con las dos manos para sacar las piernas, y cuando consiguió liberarlas las miró asombrado, ahí delante, frías y ajenas como dos trozos de madera. Se golpeó los muslos con ambos puños.

—No me dejéis solo —dijo, y al fin soltó una sonora carcajada cuando con la sangre también afloró el dolor en las extremidades.

Intentó ponerse en pie, pero enseguida cayó de bruces, doblado en dos. Maldijo sus piernas, que no servían para nada, y maldijo todo su cuerpo, más débil que el de un niño.

—¡Vamos, arriba! —se dijo.

Y en el segundo intento lo consiguió y se puso en pie. La zona se había transformado. El alud había enterrado árboles y rocas y allanado el suelo. La masa de nieve parecía un manto enorme bajo el claro de luna. Intentó orientarse en las montañas. Por lo que podía reconocer, se encontraba a unos trescientos metros por debajo de su cabaña, que debía de estar arriba, tras una colina de nieve mullida. Se puso en marcha. Caminaba más despacio de lo que pensaba, la nieve del alud era imprevisible, en un punto dura como una piedra y compactada con el subsuelo, y dos pasos más allá blanda y polvorosa, como el azúcar glas. Los dolores eran atroces. Sobre todo le preocupaba la pierna buena. Notaba como si tuviera clavado en el muslo un pincho de hierro que a cada paso penetraba más en la carne. Pensó en las crías de golondrina. Con un poco de suerte la onda expansiva no las habría atrapado. El nido estaba en un lugar bien resguardado, y el entramado del tejado que había construido era estable. Aun así, tendría que reforzar las vigas, pondría piedras en el tejado y protegería la parte trasera con un contrafuerte hecho de rocas bien insertado en la ladera.

—Pero ¡las piedras tendrán que ser planas! —se dijo a sí mismo en voz alta.

Se detuvo un instante a escuchar; sin embargo, apenas se oía un ruido. El viento había cesado, sólo una brisa muy leve le provocaba un hormigueo en la piel. Siguió andando. El mundo, a su alrededor, estaba mudo y muerto. Por un momento tuvo la sensación de que era el último ser humano sobre la faz de la Tierra, o por lo menos en el valle. No pudo evitar soltar una carcajada.

—Qué tontería —dijo, y siguió avanzando.

El último tramo del camino que discurría por debajo del montículo de nieve era empinado, y tuvo que superarlo a gatas. La nieve se quebraba bajo los dedos y la notaba con un calor extraño. Era raro, pero el dolor en las

piernas había desaparecido a pesar de tener aún el frío metido en lo más profundo de los huesos y notarlos ligeros y frágiles como el cristal.

—Ya casi estoy —se dijo, o se lo dijo a Marie, o a alguien, aunque en ese mismo instante supo que nadie lo oiría.

Cuando asomó el torso por encima de la cresta del montículo rompió a llorar. Se quedó de rodillas en la nieve, observando la superficie iluminada por la luna donde antes estaba su casa. Gritó el nombre de su mujer al silencio:

—¡Marie! ¡Marie!

Se levantó y empezó a deambular sin rumbo por el terreno. Bajo el manto que le llegaba a las rodillas, la nieve estaba dura y lisa como si hubiera pasado una apisonadora. Había tablillas del tejado esparcidas por todas partes, piedras y madera hecha pedazos. Reconoció los aros de hierro de los barriles para la lluvia, y justo al lado una de sus botas. En un lugar un poco elevado sobresalía del suelo una parte de la chimenea. Egger dio unos pasos más hacia donde suponía que estaba la entrada bajo sus pies. Se puso de rodillas y comenzó a cavar. Cavó hasta que le sangraron las manos y la nieve se tiñó de oscuro. Pasada una hora, cuando llegó a metro y medio de profundidad y notó bajo los dedos heridos una de las vigas del techo cimentadas, destrozadas por la avalancha, dejó de cavar. Se incorporó y alzó la vista al cielo nocturno. Luego dejó caer el torso hacia delante y apoyó la cara en la nieve impregnada de su propia sangre.

—Tardaron semanas en reunir todos los fragmentos de información y lograr un relato comprensible a partir de los recuerdos que los lugareños guardaban de aquella noche. El alud se produjo a las dos y media de la madrugada. Unos cincuenta metros por debajo de la cima Almerspitze, una enorme masa compacta se había desgajado de una cornisa de nieve, precipitándose con furia tronante por la montaña. Debido a que el terreno era casi vertical en el lugar donde se había desprendido la nieve, la avalancha ganó velocidad con rapidez y por el camino hacia el valle dejó un rastro demoledor. La masa de nieve pasó con gran estrépito muy cerca de la salida del pueblo hasta la zona del valle que quedaba enfrente, donde se produjo un pequeño alud, que en su cara norte llegó hasta el campamento de trabajadores de la compañía Bittermann e Hijos y finalmente se detuvo a un paso de la antigua bañera de

Thomas Matzl. El alud se llevó por delante el bosque deforestado y dejó tras de sí una profunda sima que se extendía hasta el cerro que había junto al estanque del pueblo. Los vecinos hablaban de una detonación sorda, seguida de un rumor o un rugido procedente de la montaña, parecido al pataleo de las pezuñas de un enorme tropel de bestias que se acercara raudo desde la montaña hasta el pueblo. La onda expansiva hizo temblar las ventanas, y por todas partes volcaron imágenes de la virgen y crucifijos. La gente salió de sus casas en desbandada y corrió por las calles, con una nube de polvo de nieve sobre las cabezas gachas que parecía engullir las estrellas. Se reunieron todos delante de la iglesia y el coro de cuchicheos de las mujeres orantes acompañó el rugido de la avalancha, que llegaba a su fin. La nube de nieve fue bajando muy despacio hasta cubrir toda la superficie de una fina capa blanca. Un silencio sepulcral se impuso en el valle y los lugareños comprendieron que había acabado.

Los daños fueron catastróficos, mucho peores que los de la gran tormenta de nieve de 1873 que aún recordaban algunos ancianos del lugar, y de cuyas dieciséis almas enterradas eran testimonio mudo las dieciséis cruces grabadas en el altar de la granja de los Ogfreiner. Cuatro granjas, dos grandes cobertizos de heno, el pequeño molino que tenía el alcalde en el arroyo, cinco barracas de trabajadores y una de las letrinas del campamento quedaron del todo destruidos por el alud o, por lo menos, sufrieron daños graves. Diecinueve cabezas de ganado, veintiocho cerdos, incontables gallinas y las únicas seis desgraciadas ovejas del pueblo encontraron la muerte. Sus cadáveres fueron retirados de la nieve con el tractor o con las manos, para luego ser quemados junto con la madera ya inservible. El olor a carne calcinada flotó en el aire durante días y ocultó el aroma de la primavera, que al final llegó para derretir la masa de nieve y sacar así a la luz la magnitud de la catástrofe. Con todo, los vecinos se reunieron el domingo en la iglesia para agradecer al Señor su misericordia. Sólo la clemencia de Dios podía explicar que el alud se hubiera cobrado únicamente la vida de tres personas: la pareja de ancianos campesinos Simon y Hedwig Jonasser, cuya casa había quedado sepultada por completo por la nieve y que, una vez que se pudo acceder a su dormitorio, fueron encontrados abrazados en la cama, mirándose a la cara y ahogados; y la ayudante de la posada, Marie Reisenbacher, la joven prometida de Andreas Egger.

Los hombres que formaban el grupo de auxilio creado la misma noche de

la desgracia encontraron la cabaña de Egger engullida por la nieve, y a él ovillado delante de un agujero hecho con sus propias manos. Mientras se acercaban al lugar del siniestro, eso le contaron después, no se movió, y ninguno de aquellos hombres habría apostado ni una moneda a que aquel oscuro amasijo humano aún poseyera vida. Egger no recordaba ni un solo detalle de su rescate, pero conservó hasta el final de sus días la traumática imagen de las antorchas que aparecieron en la oscuridad de la noche y se acercaron a él, lentas y tambaleantes como si fueran espíritus.

El cadáver de Marie fue retirado, velado en la iglesia junto al matrimonio Jonasser y finalmente enterrado en el cementerio del pueblo. Las exequias tuvieron lugar bajo un sol radiante, y sobre la tierra revuelta zumbaban los primeros abejorros. Egger, sentado en un taburete, enfermo y estupefacto de tristeza, recibía las condolencias. No entendía lo que le decía la gente, y las manos le parecían objetos ajenos que le eran entregados.

Durante las semanas siguientes, Egger se alojó en la Goldenen Gamser. Pasaba la mayor parte del tiempo en la cama de una habitación minúscula que el posadero había puesto a su disposición detrás de la lavandería. Los desgarros de las piernas tardaban en curarse. Como el ensalmador Alois Klammerer llevaba años muerto (el cáncer le había roído el paladar, la mandíbula y la carne de las mejillas, y al final se le veían los dientes a través de la herida abierta como si fuera una ventana), había que recurrir al joven médico del pueblo, que se había mudado la temporada anterior y vivía sobre todo de las extremidades torcidas, dislocadas o rotas de la cantidad cada vez mayor de turistas que acudían a practicar senderismo o esquí. La compañía Bittermann e Hijos se hizo cargo de los honorarios del médico y a Egger le enyesaron las dos piernas de un blanco reluciente. Pasadas casi dos semanas, le pusieron un cojín grueso de paja en la espalda y pudo sentarse y beber leche de una taza, en vez de sorberla de un cuenco de arcilla como había hecho hasta entonces. A la tercera semana, estaba tan curado que el posadero y su camarero lo envolvían a mediodía en una manta para caballos, lo levantaban de la cama y lo sentaban fuera, delante de la puerta, en un banquito de madera de abedul, desde donde se veía la ladera en la que antes estaba su casa y donde ahora sólo se distinguía un montón de rocalla iluminada por el cálido sol de primavera.

Hacia finales de mayo, Egger pidió a uno de los chicos de la cocina un cuchillo de carnicero muy afilado. Con él estuvo cortando y picando el yeso

hasta que consiguió separarlo en dos mitades y las piernas quedaron a la vista. Estaban blancas y delgadas como dos palos descortezados sobre la sábana, y la imagen se le hizo casi más extraña que unas semanas antes, cuando las extrajo rígidas y heladas de la nieve.

Egger arrastró durante unos días su cuerpo extenuado entre la cama y el banco de madera de abedul, hasta que volvió a tener la sensación de que las piernas le pertenecían y tenían la fuerza suficiente para trasladarlo distancias mayores. Por primera vez en semanas volvió a ponerse unos pantalones y se dirigió a su terreno. Cruzó el bosque laminado por la avalancha de nieve y miró al cielo, lleno de nubecitas redondas, y las flores, que brotaban por todas partes entre los tocones y los troncos arrancados, blancas, de color yema o azul claro. Intentó observarlo todo con detenimiento para recordarlo más adelante. Quería entender qué había ocurrido, pero cuando, tras unas cuantas horas de marcha, llegó a su pedazo de tierra y vio las vigas y los tablones desparramados, supo que no había nada que entender. Se sentó en una piedra y pensó en Marie. Se figuró qué había ocurrido esa noche y le pasaron imágenes horribles por la cabeza: Marie erguida sobre el cojín en la cama, con los brazos estirados por encima de la manta, aguzando el oído en la oscuridad, con los ojos abiertos de par en par, sólo un segundo antes de que el alud atravesara la pared como un gigantesco puñetazo y le aplastara el cuerpo contra la tierra fría.

*

En otoño, casi medio año después del alud, Egger abandonó el valle para seguir su camino con un equipo de la compañía, aunque ya no servía para el trabajo pesado con la madera.

—¿Qué hacemos con alguien como tú? —preguntó el responsable de contratación cuando Egger se acercó cojeando en silencio por la alfombra para plantarse con la cabeza gacha frente a su escritorio—. Ya no vales para nada.

Egger asintió, y el responsable soltó un suspiro.

—Siento lo de tu mujer —dijo—. Pero no me vengas con que tuvo algo que ver con las detonaciones. ¡La última fue unas tres semanas antes del alud!

—Yo no he dicho eso —repuso Egger.

El responsable ladeó la cabeza y se quedó un instante mirando por la ventana.

—¿O acaso crees que la montaña tiene memoria? —preguntó al momento.

Egger se encogió de hombros. El responsable se inclinó a un lado, hizo un ruido como de gárgaras y escupió en una escudilla de latón que tenía a los pies.

—Está bien —dijo finalmente—. Hasta ahora la compañía Bittermann e Hijos ha construido diecisiete teleféricos y, créeme, no serán los últimos. La gente se ha vuelto loca y sólo piensa en deslizarse por la montaña con los esquís.

Empujó la escudilla con la punta del zapato debajo del escritorio y miró muy serio a Egger.

—Sólo Dios sabe por qué —afirmó—. De todos modos, hay que inspeccionar las pistas, revisar los cables, engrasar las ruedas portantes, arreglar el techo de las cabinas, etcétera. Tú no necesitas tener siempre un suelo firme bajo los pies, ¿verdad?

—Creo que no —admitió Egger.

—Muy bien —dijo el responsable.

—Egger fue destinado a una pequeña escuadrilla formada por un puñado de hombres de pocas palabras cuyos rostros barbudos quemados por el sol de la montaña apenas transmitían un solo sentimiento de sus almas. Se trasladaban en una camioneta cerrada, casi siempre sentados en la plataforma de la superficie de carga, por las carreteras de montaña cada vez más asfaltadas, e iban de teleférico en teleférico, haciendo tareas de mantenimiento demasiado costosas para que las llevaran a cabo los trabajadores fijos. La función de Egger consistía, sentado en un bastidor de madera sujeto al cable de acero con sólo una cuerda de seguridad y un mecanismo que se podía frenar a mano, en deslizarse despacio hacia abajo, limpiar el polvo de los cables y las juntas, quitar el hielo o los excrementos de pájaro que hubiera incrustados y luego engrasarlos con aceite de nuevo. Nadie se atrevía a realizar ese trabajo; había corrido la voz de que unos años antes dos escaladores experimentados habían caído y muerto, ya fuera por un descuido, un fallo relacionado con el material o simplemente por el viento, que a veces hacía que el cable de acero se balanceara unos metros a ambos lados. Pero Egger no tenía miedo. Sabía

que su vida pendía de una cuerda fina, pero en cuanto se encaramó a un soporte, fijó el mecanismo de rodamiento y colocó el mosquetón de seguridad, se sintió más tranquilo y notó cómo la maraña de pensamientos desesperados que envolvía su corazón como una nube negra se desvanecía poco a poco en el aire de la montaña hasta que ya no quedó nada más que la pura tristeza.

Egger estuvo recorriendo los valles durante muchos meses; de noche dormía en una camioneta o en un cuartucho en una pensión barata y de día se balanceaba entre el cielo y la tierra. Veía cómo el invierno se cernía sobre las montañas. Trabajaba cuando caían fuertes nevadas, rascaba con el cepillo metálico el hielo del cable y sacaba de las cuñas los largos pernos, que reventaban en el abismo debajo de él con un leve tintineo o eran engullidos por la nieve sin hacer un solo ruido. A lo lejos oía el rugido amortiguado de los aludes. A veces le parecía que se acercaban y miraba la pendiente, a la espera de una ola blanca gigantesca que lo empujara hacia delante y al final lo arrollara, junto al cable, los pilares de acero y el mundo entero. Sin embargo, el rugido siempre se apagaba y se volvían a oír los gritos agudos de las grajillas.

En primavera la ruta lo devolvió al valle, donde se quedó una temporada para limpiar el exceso de madera del cortafuegos de la Liesl Azul y arreglar las pequeñas grietas en los fundamentos de los pilares. De nuevo encontró alojamiento en la Goldenen Gamser, en la habitación donde había pasado varias semanas con las piernas destrozadas. Todos los días regresaba exhausto de la montaña, comía sentado en el borde de la cama los últimos restos de su ración diaria y en cuanto descansaba la cabeza en la almohada se sumía en un sueño profundo sin sueños. En una ocasión despertó en plena noche con una sensación extraña y, cuando alzó la vista hacia la pequeña ventana polvorienta que había bajo el techo, vio que estaba cubierta de infinidad de mariposas nocturnas. A la luz de la luna, las alas parecían brillar y golpeaban con el sonido del papel, apenas audible, contra el cristal. Por un momento, Egger pensó que su aparición era una señal, pero no supo interpretarla, así que cerró los ojos para intentar recuperar el sueño. «Sólo son mariposas», pensó, pequeñas mariposas nocturnas, y cuando despertó al alba habían desaparecido.

Se quedó unas semanas en el pueblo, que, según veía, se había recuperado en gran medida de los daños de la avalancha, y luego partió de nuevo. Había

evitado ir a su terreno o al cementerio, y tampoco se había sentado en el banquito de madera de abedul. Volvió a marcharse, se colgó en el aire entre las montañas y vio pasar los años por debajo como fotografías en color que no le decían nada y con las que no tenía relación alguna. Más tarde recordaría los años posteriores a la avalancha como una época vacía y silenciosa que poco a poco, casi de un modo imperceptible, se fue llenando de vida.

Un día despejado de otoño, tras caérsele un rollo de papel de lija de la mano, que descendió dando brincos por la pendiente como una cabritilla alocada para luego salir volando por un saliente rocoso y desaparecer en el abismo, Egger se detuvo por primera vez en mucho tiempo a observar el entorno. El sol estaba bajo, y las lejanas cumbres de las montañas se veían con tal nitidez que parecían pintadas en el cielo. Muy cerca había un arce solitario de color amarillo intenso, un poco más allá las vacas arrojaban sombras largas y estrechas que pastaban con ellas, paso a paso, por el prado. Bajo el porche de una pequeña cabaña para los terneros había sentado un grupo de excursionistas. Egger oía cómo hablaban y se reían, sus voces le parecieron extrañas y al mismo tiempo agradables. Pensó en la voz de Marie y en cuánto le gustaba escucharla. Intentó recordar su melodía y su sonido, pero no lo logró. «¡Ojalá me hubiera quedado por lo menos su voz!», se dijo muy fuerte. Luego rodó despacio hasta el siguiente pilar de acero, bajó y se puso a buscar el rollo de papel de lija.

Una tarde, al cabo de tres días, después de una jornada fría y húmeda cepillando el óxido de los remaches de la base de una estación de montaña, Egger saltó de la rampa de la camioneta y se dirigió a la pequeña pensión en la que se alojaban él y sus compañeros. De camino a su cuarto pasó por el salón, que olía a pepinillos en vinagre. Una anciana estaba sentada sola a la mesa, con los codos apoyados y la cara hundida en las manos. Tenía delante la radio, en la que a esas horas solía sonar música de fanfarria o la verborrea exaltada de Adolf Hitler. Esa tarde, sin embargo, la radio estaba apagada y Egger oyó los leves sollozos de la anciana, que respiraba agitada y se cubría el rostro con las manos, un tanto temblorosas.

—¿No se encuentra bien? —preguntó.

La anciana levantó la cabeza y lo miró. Los dedos se le habían marcado en el rostro, unas franjas pálidas que poco a poco se fueron llenando de sangre.

—Estamos en guerra —dijo.

—¿Quién lo dice? —preguntó Egger.

—Bueno, la radio —contestó la anciana, al tiempo que lanzaba una mirada de odio al aparato.

Egger vio que se llevaba las manos a la nuca y se deshacía el moño con un movimiento rápido. El cabello de la anciana le cayó sobre el cuello, largo, amarillento y estoposo, y los hombros se le movieron como si estuviera a punto de romper a llorar. Sin embargo, se levantó, pasó por su lado y cruzó el pasillo para salir fuera, donde la recibió uno de los gatos mugrientos, que retozó un rato en sus pies antes de que los dos desaparecieran tras la esquina.

Al día siguiente por la mañana, Egger volvió a casa para inscribirse en el servicio militar. No fue una decisión tomada tras largas reflexiones. Surgió de pronto, como una llamada desde la lejanía, y Egger supo que debía responder a ella. Cuando tenía diecisiete años ya lo llamaron para pasar la revisión médica, pero por aquel entonces Kranzstocker logró que aceptaran su objeción, con el argumento de que si le arrebataban de los brazos a su querido hijo de acogida (que, por cierto, también era el trabajador más eficaz de la familia) para usarlo como carne de cañón contra los espaguetis o (aún peor) entregarlo a los engullidores de baguettes, por Dios sagrado que bien podrían reducir a cenizas toda la granja. Egger agradeció entonces, en secreto, ese gesto al granjero. No tenía nada que perder, pero aún tenía algo que ganar. Sin embargo, esta vez era distinto.

Como el tiempo se había calmado bastante, emprendió el regreso a pie. Caminó durante todo el día, pasó la noche en un viejo henal y partió de nuevo antes del alba. Escuchó el zumbido regular de los cables telefónicos, que se extendían desde hacía poco entre unos estrechos pilares a lo largo de los caminos, y vio aparecer las montañas en la noche con los primeros rayos de sol. Aunque había contemplado aquel espectáculo miles de veces, aquel día lo conmovió de una manera peculiar. No recordaba haber visto en su vida nada tan bonito y al mismo tiempo tan estremecedor.

La estancia de Egger en el pueblo fue breve.

—Es usted demasiado viejo. Además de cojo —dijo el oficial que había sentado en la taberna a una mesa con un mantel blanco decorada con pequeñas esvásticas y que, junto con el alcalde y una mecanógrafa entrada en años, formaba la comisión de inspección.

—Quiero ir a la guerra —dijo Egger.

—¿Cree que la Wehrmacht necesita a alguien como usted? —preguntó el oficial—. ¿Por quién nos toma?

—No seas tonto, Andreas, y vuelve a tu trabajo —le aconsejó el alcalde.

Y así quedó el asunto zanjado. La mecanógrafa estampó un sello en el expediente de una sola hoja de Egger y éste volvió a los teleféricos.

Cuando aún no habían pasado cuatro años, en noviembre de 1942, Egger se vio delante de la misma comisión, pero esta vez no de forma voluntaria sino llamado a filas. No sabía por qué de repente la Wehrmacht necesitaba a alguien como él, pero los tiempos habían cambiado.

—¿Qué sabe hacer usted? —preguntó el oficial.

—Conozco muy bien las montañas —contestó Egger—. Puedo esmerilar cables de acero y cavar agujeros en la roca.

—Eso está bien —comentó el oficial—. ¿Ha oído hablar del Cáucaso?

—No —contestó Egger.

—No pasa nada —dijo el oficial—. Andreas Egger, lo declaro apto para la guerra. ¡Le encomiendo la honrosa tarea de liberar el este!

Egger miró por la ventana. Fuera había empezado a llover, las gotas gruesas golpeaban contra el cristal y oscurecieron el salón. Con el rabillo del ojo vio que el alcalde se inclinaba despacio encima de la mesa y miraba la superficie.

—En total, Egger permaneció más de ocho años en Rusia, de los cuales no estuvo ni dos meses en el frente. El resto del tiempo lo pasó en un campamento de prisioneros de guerra en algún lugar en el norte de la ancha estepa del mar Negro. Pese a que al principio su función parecía hasta cierto punto clara (se trataba de liberar el este, de garantizar la seguridad de los yacimientos de petróleo, así como de defender y conservar las instalaciones de extracción), al cabo de unos días ya no sabía por qué estaba allí y para qué o contra quién luchaba en realidad. Era como si durante las noches de invierno caucásico, oscuras como boca de lobo, en las que los fuegos de artillería brotaban en el horizonte de crestas montañosas como flores luminosas y se reflejaban en los rostros de terror, desesperación o indiferencia de los soldados, cualquier amago de pensar en lo que tenía sentido y lo que era un sinsentido quedaba anulado desde un principio. Egger no preguntaba nada. Ejecutaba órdenes y ya está. Por lo demás, opinaba que podría haber sido mucho peor. Pocas semanas después de su llegada a la montaña, dos camaradas taciturnos y sin duda conocedores de la zona lo

llevaron a una estrecha planicie rocosa a unos cuatro mil metros de altura. Allí debía quedarse hasta nuevo aviso, le explicó uno de los superiores, por un lado para abrir una serie de agujeros para explosivos y por otro para asegurar la posición que tenía delante. Egger no tenía ni idea de a qué posición se refería ni qué se entendía por «posición», pero no le desagradaba la tarea. Los dos camaradas lo dejaron con las herramientas, una tienda, una caja de provisiones y la promesa de volver una vez por semana con abastecimiento, y Egger se instaló lo mejor que pudo. De día abría docenas de agujeros en la roca, que a menudo tenía que liberar primero de una gruesa capa de hielo; de noche se tumbaba en la tienda para intentar dormir, pese al frío atroz. El equipo se componía de un saco de dormir, dos mantas, unas botas de invierno forradas de piel y la chaqueta gruesa típica de la estepa que llevaban los cazadores alpinos. Había montado la mitad de la tienda en una cornisa de nieve congelada, y eso por lo menos lo protegía un poco del viento, que a menudo soplaba con tanta fuerza que no dejaba oír el rugido de las bombas y las detonaciones sordas de las baterías antiaéreas. Aun así, no podía detener el frío de fuera. Penetraba por todas las costuras, bajo la ropa y la piel, y se aferraba a cada fibra de su cuerpo. Estaba prohibido encender fuego, bajo pena de muerte, pero aunque estuviera permitido, la planicie se encontraba muy por encima de las copas de los árboles y no había ni una sola rama cercana que Egger pudiera quemar. A veces encendía el hornillo de gasolina con el que calentaba las conservas, pero las minúsculas llamas no lo hacían entrar en calor. Le quemaban las puntas de los dedos y el resto del cuerpo se le congelaba aún más. Egger temía las noches. Se tumbaba hecho un ovillo en el saco de dormir, y el frío hacía que se le saltaran las lágrimas. A veces soñaba. Eran sueños confusos que emergían del torbellino de nieve de su mente, llenos de dolor y caras desconocidas que desfilaban a toda velocidad. Un día despertó de uno de esos sueños porque pensaba que algo blando y móvil había entrado en la tienda y lo estaba observando. «¡Por Dios!», exclamó, y esperó a que el corazón se le calmara de nuevo poco a poco. Apartó el saco de dormir y salió a gatas de la tienda. No había estrellas en el cielo, de un negro azabache. Todo a su alrededor estaba sumido en la oscuridad y completamente en silencio. Egger se sentó en una piedra y se quedó mirando las tinieblas. Volvió a oír los latidos del corazón y en ese momento supo que no estaba solo. No sabía de dónde salía esa sensación, sólo veía la oscuridad de la noche y oía sus latidos, pero en algún lugar ahí

fuera notó la proximidad de otro ser vivo. No sabía cuánto tiempo llevaba sentado delante de la tienda escuchando en la negrura, pero antes de que apareciera la primera franja leve de luz sobre las montañas supo también dónde se encontraba su compañía: al otro lado de la garganta que limitaba la planicie en el oeste había un saliente rocoso, a unos treinta metros en línea recta y con la anchura justa para que cupiera una cabra quieta. En el saliente había un soldado ruso, cuya silueta fue ganando nitidez bajo la luz creciente del alba. Estaba allí de pie, sin más, con una inmovilidad intrigante, mirando a Egger, que seguía sentado en la piedra sin osar moverse. El soldado era joven y tenía la tez lechosa de un chico de ciudad, la frente lisa y blanca como la nieve y los ojos en una curiosa posición oblicua. Llevaba el arma, un fusil de cosaco sin bayoneta, colgada de una correa al hombro, con la mano derecha posada tranquilamente en la caja. El ruso miraba a Egger y Egger miraba al ruso, y entre ellos no había nada más que el silencio de una mañana de invierno caucásica. Tiempo después, Egger no pudo explicar quién se movió primero, pero una sacudida recorrió el cuerpo del soldado y Egger se levantó. El ruso apartó la mano del arma y se limpió la frente con la manga. Luego dio media vuelta y subió varios metros, raudo, con determinación y sin mirar atrás, y se esfumó entre las rocas.

Egger se quedó quieto un instante, pensativo. Comprendió que tenía enfrente a su enemigo mortal, y así y todo su desaparición hacía que la sensación de soledad fuera aún más profunda.

Al principio, los dos camaradas lo visitaban cada tantos días, según lo acordado, para reponer las provisiones de alimentos, llevarle si era necesario un par de calcetines de lana o una barrena nueva, además de noticias del frente (corría información de lo sucedido, había pérdidas, pero también victorias, y al final uno no sabía muy bien qué estaba ocurriendo). Sin embargo, al cabo de unas semanas sus visitas cesaron, y hacia finales de diciembre —según las cuentas de Egger, que marcaba los días con la barrena en una placa de hielo, debía de ser dos días después de Navidad— sospeché por primera vez que ya no volverían. Cuando, pasada otra semana, el 1 de enero de 1943 exactamente, siguió sin aparecer nadie, emprendió el camino de regreso al campamento en medio de una gran ventisca. Siguió la ruta que había recorrido casi dos meses antes, y sintió un gran alivio al ver el rojo brillante y conocido de la esvástica. Sin embargo, no tardó ni dos segundos en comprender que no eran banderas con esvásticas lo que había clavado en

el suelo marcando el límite del campamento, sino las banderas de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En aquel instante, Egger salvó la vida gracias única y exclusivamente a la frialdad con la que se sacó el arma de la espalda allí mismo y la lanzó lo más lejos posible. Vio que el rifle desaparecía con un sonido sordo en la nieve, y en un abrir y cerrar de ojos oyó los gritos de los vigías que corrían hacia él. Levantó las manos, se dejó caer de rodillas y bajó la cabeza. Notó un golpe en la nuca, se inclinó hacia delante y oyó las voces profundas de los rusos que resonaban como ruidos incomprensibles de otro mundo.

Egger estuvo dos días metido junto con dos presos más en una caja de madera de metro y medio de ancho y de largo, y ni siquiera un metro de alto, montada con clavos y desgana y aislada con fieltro. Pasaba la mayor parte del tiempo mirando hacia fuera por una rendija e intentaba extraer de los movimientos algún indicio sobre los planes de los rusos y su propio futuro. Cuando al tercer día sacaron por fin los clavos de la madera con un chirrido y una pared de tablones cayó hacia delante, la luz invernal le golpeó con tanta fuerza en los ojos que temió no poder volver a abrirlos jamás. Sin embargo, al cabo de un rato pudo hacerlo, pero la sensación de claridad abrasadora, que provocaba que incluso las noches estuvieran llenas de una luz cegadora, perduró mucho más allá del fin de su cautiverio y no desapareció del todo hasta pasados muchos años de su regreso.

El traslado a un campamento cerca de Voroshilovgrado duró seis días, que Egger pasó en medio de un montón de presos en la superficie abierta de un camión de carga. Fue un viaje horrible. Transcurrió durante días fríos y noches gélidas, bajo un cielo oscuro atravesado por el fuego de artillería, mientras cruzaban amplias extensiones de nieve, de cuyos surcos sobresalían las extremidades congeladas de personas y caballos. Egger iba sentado en el borde trasero del camión y vio las innumerables cruces de madera que cercaban la carretera. Pensó en el cuaderno de lectura que Marie solía leerle, y en lo poco que se parecía el paisaje invernal que se describía en él a ese mundo helado y maltrecho.

Uno de los presos, un hombre bajo y fornido que intentaba protegerse la cabeza del frío con los jirones desgastados de una manta para caballos, comentó que las cruces no eran tan tristes como parecían, no eran más que indicadores que señalaban el camino directo al cielo. Se llamaba Helmut Moidaschl, y le gustaba reír. Se reía de la nieve que los golpeaba en la cara y

del saco de mendrugos de pan duro como ladrillos que volcaban en el suelo del camión para ellos. Dijo que con ese pan se podían construir buenas casas, y soltó una carcajada tan contagiosa que a los dos vigilantes rusos se les pegó la risa. A veces saludaba a las ancianas que inspeccionaban los cadáveres cubiertos de nieve en busca de prendas útiles o alimentos. Según él, cuando uno va directo al infierno tiene que reírse con el diablo, no cuesta nada y hace que la vida sea más soportable.

Helmut Moidaschl fue el primero de una larga de lista de hombres que Egger vio perecer en Voroshilovgrado. La noche de su llegada empezó con una fiebre intensa y en la barraca se oyeron durante horas sus gritos ahogados por sus propios jirones de mantas. Al día siguiente por la mañana lo encontraron muerto en un rincón, medio desnudo, hecho un ovillo y con los puños apretados contra las sienes.

Unas semanas después, Egger dejó de contar los muertos que habían enterrado en un bosquecillo de abedules detrás del campamento. La muerte formaba parte de la vida, igual que el moho del pan. La muerte era la fiebre. Era el hambre. Era una grieta en la pared del barracón por donde se colaba el silbido del viento en invierno.

Egger fue asignado a un grupo de trabajo de un centenar de prisioneros. Trabajaban en el bosque o en la estepa, cortaban leña, levantaban muretes con piedras del campo, ayudaban a cosechar patatas o enterraban a los muertos de la víspera. En invierno dormía con unos doscientos hombres más en el barracón. En cuanto subieron las temperaturas, se acostó fuera, sobre un montón de paja. Desde que una noche cálida alguien encendió sin querer la luz eléctrica y fueron cayendo miles de chinches del techo, prefería dormir al aire libre.

Se enteró del fin de la guerra en una de las letrinas comunitarias, sentado en una tabla sobre el pozo ciego, con un enjambre de moscas que desprendían un brillo verdoso revoloteando a su alrededor, cuando de pronto se abrió la puerta, un ruso asomó la cabeza y gritó: «*Hitler kaputt! Hitler kaputt!*» Como Egger siguió sentado en silencio y sin reaccionar, el ruso volvió a cerrar la puerta ruidosamente y se alejó entre risas. Sus carcajadas cada vez más tenues siguieron oyéndose durante un momento, hasta que se desató el alarido de la sirena de llamada.

No habían pasado ni tres semanas y Egger ya había olvidado la euforia del vigilante y sus esperanzas. Era indiscutible que la guerra había llegado a su

fin, pero apenas había tenido efectos perceptibles en la vida del campamento. El trabajo seguía siendo el mismo, la sopa de mijo era aún más clara y las moscas seguían revoloteando impasibles alrededor de las vigas de las letrinas. Además, muchos de los presos creían que el fin de la guerra podía ser provisional. Tal vez fuera cierto que Hitler había caído, argumentaban, pero detrás de cada majadero siempre había otro mucho peor preparado para tomar el relevo, a fin de cuentas era sólo una cuestión de tiempo que todo volviera a empezar de cero.

Una noche de invierno inhabitualmente suave, Egger se sentó envuelto en su manta delante del barracón y escribió una carta a su difunta esposa, Marie. Mientras retiraban los escombros en un pueblo arrasado por el fuego, había encontrado una hoja de papel casi intacta y un trocito de lápiz, y se puso a escribir despacio, con letras grandes y temblorosas:

Querida Marie,

Te escribo desde Rusia. Aquí no se está tan mal. Hay trabajo y algo que comer, y como no hay montañas, el cielo se extiende más allá de lo que abarca la vista. Sólo el frío es horrible. Es distinto del de casa. Si tuviera un saquito de petróleo aunque fuera, como los muchos que tuve tiempo atrás, estaría bien. Pero no quiero quejarme. Alguien se habrá entumecido y congelado en la nieve mientras yo contemplo las estrellas. A lo mejor tú también estás mirando las estrellas. Lo siento, pero tengo que dejarte. Soy lento escribiendo, y ya aclara por detrás de las colinas.

Tu Egger

Dobló y dobló la carta cuanto pudo y la enterró bajo sus pies. Luego agarró la manta y regresó al barracón.

Egger tardó casi seis años más en poner fin a su época en Rusia. Nada predecía la liberación, pero a primera hora de una mañana de verano de 1951 los presos fueron obligados a formar en la explanada de los barracones. Los obligaron a desnudarse y a dejar la ropa formando un gran montón maloliente, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego. Mientras los hombres contemplaban las llamas, sus rostros reflejaban el miedo a un fusilamiento inminente o a algo peor. Sin embargo, los rusos se reían y hablaban a voces entre ellos, y cuando uno agarró a un preso por los

hombros, le dio un abrazo y ejecutó un grotesco baile alrededor del fuego con aquel esqueleto fantasmagórico y desnudo, la mayoría empezó a darse cuenta de que aquel iba a ser un buen día.

Ataviados con ropa nueva y con un mendrugo de pan cada uno, los hombres abandonaron el campamento a la misma hora para ponerse en marcha hacia la estación de ferrocarril más cercana. Egger se había colocado en una de las filas traseras. Justo delante de él había un joven de ojos grandes, con una mirada siempre un tanto asustada, que ya en los primeros metros devoró el pan a mordiscos ávidos. Cuando se hubo tragado el último pedazo, se dio la vuelta una vez más y lanzó una mirada al campamento, que se encontraba ya a kilómetros de distancia y apenas se distinguía con el centelleo del sol. Sonrió y abrió la boca para decir algo, pero sólo logró emitir un sonido ahogado, y luego rompió a llorar. Lloriqueó y sollozó, y el moco y las lágrimas le cayeron abriendo amplias estrías en las mejillas mugrientas. Uno de los hombres de mayor edad, un señor canoso y envejecido con el rostro surcado, se acercó al joven, le rodeó los hombros trémulos con el brazo y le dijo que hiciera el favor de parar los llantos porque, en primer lugar, sólo conseguiría acabar con el cuello de la camisa empapado y, en segundo lugar, los lloriqueos eran contagiosos como la fiebre amarilla y la peste bubónica juntas, y no tenía ganas de recorrer los miles de kilómetros del camino de regreso con unas señoritas lloronas. Además, era más sensato ahorrarse las lágrimas para casa, ya que allí habría motivos suficientes para llorar. El chico se interrumpió y Egger, que caminaba dos pasos por detrás, oyó durante un rato los ruidos secos que hacía al tragarse las lágrimas y las últimas migajas de pan.

*

Tras su regreso, Egger vivió primero detrás de la escuela recién construida, en un cobertizo de madera que le cedió generosamente el concejo apoyado por la buena voluntad del alcalde. El alcalde ya no era nazi, en lugar de cruces gamadas volvía a haber geranios colgados en las ventanas, y el pueblo también había cambiado mucho en otros aspectos. Las calles eran más anchas. A lo largo del día, varias veces y a menudo incluso en breves intervalos, se oía el rugido de motores; sin embargo, cada vez se veían menos esos armatostes diésel, esas apestosas y humeantes camionetas viejas.

Automóviles resplandecientes de todos los colores entraban por el valle a toda velocidad y escupían excursionistas, senderistas y esquiadores en la plaza del pueblo. Muchos de los lugareños alquilaban habitaciones, y las gallinas y los cerdos habían desaparecido de la mayoría de los establos. Ahora había esquís y palos en las pocilgas, y olía a cera en vez de a excrementos de gallina y de cerdo. La posada Goldenen Gamser tenía competencia. El posadero se enfadaba cada día al ver la pensión Mitterhofer, que, recién abierta, relumbraba enfrente, con su fachada pintada de color verde lima y el reluciente letrero de bienvenida en la puerta de entrada. Odiaba al viejo Mitterhofer. No entendía cómo podía ocurrírsele de repente a un ganadero dejar a un lado la horquilla de retirar estiércol y alojar turistas en lugar de ganado bovino. «¡Un granjero es un granjero y jamás será un posadero!», decía, pero en su fuero interno debía reconocer que la competencia no sólo no lo perjudicaba, sino al contrario, lo estimulaba. Cuando falleció, a finales de la década de los sesenta, siendo un anciano desorientado, dejó en herencia a su única hija, además de la Goldenen Gamser, otras tres pensiones, varias hectáreas de tierra, la bolera sita debajo de los establos de la antigua granja Loidolt y una participación en dos telesillas. La mujer, soltera y un poco obstinada pese a superar con creces los cuarenta, se convirtió en uno de los partidos más codiciados del valle.

Egger presenció todos esos cambios sin decir una palabra, asombrado. De noche oía a lo lejos el chirrido metálico de los pilares junto a las laderas, que ahora albergaban pistas, y por la mañana a menudo lo despertaba el ruido de los colegiales al otro lado de la pared de la cabecera de la cama, que se interrumpía con brusquedad en cuanto el profesor entraba en el aula. Recordó su propia infancia, los pocos años de colegio, que entonces le parecieron interminables y que ahora los veía breves y fugaces como un parpadeo. En general el tiempo lo desconcertaba. El pasado serpenteaba en todas direcciones, y en la memoria las historias se sucedían desordenadas y formaban imágenes y se compensaban siempre renovadas de un modo peculiar. Había estado mucho más tiempo en Rusia que con Marie, y sin embargo los años en el Cáucaso y en Voroshilovgrado no le parecían retrospectivamente más largos que sus últimos días con ella. La época que trabajó en la construcción del teleférico se reducía a un período de una sola temporada, mientras que le parecía haber transcurrido media vida pendido de un yugo de madera, con la vista clavada en el suelo y el pequeño trasero

blanco apuntando al cielo vespertino.

—Pasadas unas semanas de su regreso, Egger se encontró con el viejo Kranzstocker. Estaba sentado en un taburete de ordeñar destartado delante de su granja, y Egger lo saludó al pasar. Kranzstocker levantó la cabeza con parsimonia y tardó un rato en reconocerlo.

—Eres tú —dijo con la voz quebrada de un anciano—. ¡Precisamente tú!

Egger se detuvo y observó al viejo, que lo miraba con sus ojos amarillos ahí sentado, abatido. Tenía las manos sobre las rodillas, flacas como palos, la boca entreabierta y parecía completamente desdentado. Egger había oído que dos de sus hijos no habían vuelto de la guerra, y que él había intentado ahorcarse en el dintel de la puerta de la despensa. La madera quebradiza no soportó el peso y Kranzstocker sobrevivió. A partir de entonces, el viejo granjero pasaba el tiempo ansiando la muerte. La veía agazapada en cada esquina, y por las tardes se convencía de que con la noche también se cerniría sobre él la oscuridad eterna. Sin embargo, al día siguiente siempre despertaba de nuevo, aún más enfermo, más huraño y más carcomido por la nostalgia que antes.

—Acércate —dijo, con la cabeza estirada hacia delante como una gallina—. ¡Déjame ver qué pinta tienes!

Egger dio un paso hacia él. El anciano tenía los pómulos hundidos, y el pelo, antes negro y brillante, era blanco y fino como una telaraña en las sienes.

—Pronto llegará mi final, la muerte no se olvida de nadie —dijo—. Todos los días oigo que se acerca, pero siempre acaba siendo un animal del vecino o un perro, o la sombra de un alma que se ha colado.

Egger se quedó quieto, como si hubiera echado raíces. Por un momento tuvo la sensación de volver a ser un niño, y le dio miedo que el viejo se levantara hasta convertirse en una montaña.

—Y hoy eres tú —continuó—. Tú apareces por aquí sin más, y otros no van a ninguna parte. Así es la justicia. Yo era Kranzstocker, y mírame ahora, mira en qué me he convertido: un saco de huesos podridos con la suficiente vida para no quedar reducidos a polvo aquí mismo. Toda mi vida he caminado erguido, sólo me he agachado ante Dios, ante nadie más. ¿Y cómo me lo agradece el Señor? Quitándome a dos hijos. Arrancándome la carne de

mi carne y la sangre de mi sangre. Y, por si no tuviera bastante, ese canalla, que aún no ha exprimido la última gota de vida de un viejo granjero como yo, me deja aquí sentado todos los días desde primera hasta última hora delante de la granja, esperando a la muerte. Y aquí estoy sentado, con el culo escocido, y lo único que se acerca por aquí son unos cuantos bichos, unas cuantas sombras y tú, ¡precisamente tú!

Kranzstocker bajó la mirada hacia sus manos, sus dedos sarmentosos y manchados. Respiraba con dificultad y emitía un leve ruido. De pronto levantó la cabeza. Al mismo tiempo retiró una mano del regazo y agarró a Egger del antebrazo.

—¡Ahora puedes hacerlo! —gritó, con la voz trémula de excitación—. ¡Ahora puedes pegarme! Pégame, ¿me oyes? ¡Te lo ruego, pégame! ¡Por favor, pégame hasta matarme!

Egger notó los dedos del viejo clavados en el brazo y sintió un gélido escalofrío en el corazón. Se separó de él y retrocedió un paso. Kranzstocker dejó caer la mano y se quedó ahí quieto, con la mirada gacha hacia el suelo. Egger dio media vuelta y se fue.

Mientras caminaba junto a la carretera que terminaba poco después del pueblo, sentía una extraña sensación de vacío en el estómago. En lo más profundo de su ser, el viejo granjero le daba lástima. Pensó en el taburete de ordeñar y deseó que tuviera una silla y una manta que abrigara, pero al mismo tiempo le deseaba la muerte. Siguió andando por el estrecho sendero de montaña hasta lo más alto, el collado de Pichler. Allí arriba el suelo era blando y la hierba oscura y corta. En la punta de las briznas temblaban las gotas de agua, que aportaban brillo a todo el prado, como si estuviera plagado de perlas de cristal. Egger se maravilló con esas minúsculas gotas trémulas que pendían con obstinación de las briznas de hierba, para luego caer en algún momento y filtrarse en la tierra o desvanecerse en el aire hasta quedar en nada.

—Kranzstocker no encontró la salvación hasta pasados muchos años, un día de otoño de finales de la década de los sesenta, mientras estaba sentado como una sombra en su habitación, escuchando la radio. Para poder entender algo, tenía el torso muy inclinado sobre la mesa y la oreja izquierda pegada al altavoz. Cuando el locutor anunció un concierto con instrumentos de viento,

profirió un grito, se dio varios puñetazos en el torso y al final se desplomó de la silla, rígido y muerto, acompañado por el ritmo metálico de la música.

Durante el entierro llovió a cántaros y el cortejo fúnebre avanzó despacio por la carretera, cubierto de lodo hasta los tobillos. Egger, por entonces ya un hombre de más de sesenta años, iba en la última fila. Pensaba en el granjero, que se pasó toda una vida a golpes con su propia suerte. Al pasar bajo la intensa lluvia por la pequeña pensión de la antigua granja Achmandl, se oyó la risa de un niño, aguda y con una extraña naturalidad. Una de las ventanas estaba entreabierta y en ella se reflejaba una luz brillante. En el salón estaba sentado el hijo pequeño del posadero, delante de un enorme televisor, con la cara pegada a la pantalla. En la frente le titilaba el reflejo de las imágenes; con una mano tenía agarrada la antena, al tiempo que con la otra se daba golpes en el muslo de la risa. Reía tanto que Egger reconoció a través de la cortina de lluvia las brillantes gotitas de saliva que brotaban contra la pantalla. Le entraron ganas de parar, apoyar la frente en la ventana y sumarse a su risa, pero el cortejo fúnebre siguió avanzando, oscuro y mudo. Egger veía delante, entre los pequeños regueros de la lluvia, los hombros levantados de los afligidos. A la cabeza, el coche fúnebre se balanceaba como un barco entre las sombras, mientras la risa del niño se iba apagando tras él.

—Pese a que se lo había planteado en varias ocasiones a lo largo de su vida, Egger nunca compró un televisor. La mayoría de las veces no tenía dinero, o espacio, o tiempo, o le parecía que no reunía los requisitos necesarios para hacer semejante inversión. Por ejemplo, no entendía la inercia con la que la mayoría de la gente se pasaba horas contemplando la luz, que a la larga, pensaba para sí, podía nublarle la vista a uno o reblandecerle el cerebro. Con todo, la televisión le regaló dos momentos impresionantes que tiempo después recuperaría una y otra vez de las profundidades de la memoria para contemplarlos con una agradable sensación. El primero lo vivió una tarde en el cuarto trasero de la Goldenen Gamser, donde desde hacía algún tiempo había un flamante televisor de la marca Imperial. Hacía meses que Egger no iba a la pensión, así que se llevó una sorpresa cuando al entrar lo recibió el leve susurro, con un punto metálico, de las voces amortiguadas de la televisión en lugar del murmullo habitual de la sala. Se dirigió a la parte trasera, donde siete u ocho personas compartían mesas y se reían mirando

embelesadas el inmenso aparato. Por primera vez en su vida, Egger vio de cerca las imágenes de la pantalla. Se movían con una naturalidad mágica para introducir en el asfixiante cuarto trasero de la posada un mundo que hasta entonces desconocía por completo. Vio casas estrechas y altas cuyos techos se elevaban al cielo como carámbanos invertidos. De las ventanas nevaban recortes de papel y en la calle la gente se reía, gritaba, lanzaba los sombreros al aire, loca de alegría. Antes de que Egger entendiera qué estaba ocurriendo, la pantalla se fundió como si se hubiera producido una explosión silenciosa, y al cabo de un segundo se recuperó con escenas nuevas: unos hombres estaban sentados en unos bancos de madera con camisa de manga corta y monos de trabajo, observando a una niña de piel morena de unos diez años que estaba de rodillas en una jaula y acariciaba la melena de un león que tenía estirado delante. El animal bostezó y mostró el interior de su boca llena de finos hilos de baba. El público aplaudió, la niña se subió al cuerpo del animal y por un momento pareció que iba a desaparecer en su melena. Egger se echó a reír. Lo hizo sobre todo por confusión, ya que no sabía cómo comportarse ante el televisor en presencia de más gente. Lo avergonzaba su ignorancia. Se sentía como un niño que observa la conducta incomprensible de los adultos: todo tenía cierto interés, pero no encontraba nada que estuviera relacionado con él personalmente.

Sin embargo, vio algo que lo emocionó en lo más profundo de su corazón: una chica joven que salía de un avión. No era una mujer cualquiera la que bajó la estrecha pasarela hasta la pista de aterrizaje, era el ser más bello que Egger había visto en su vida. Se llamaba Grace Kelly, un nombre que a sus oídos sonaba extraño y desconocido, pero que al mismo tiempo le parecía el único que le encajaba. Llevaba un abrigo corto y saludaba a un numeroso grupo de personas apretujadas que se habían reunido en el aeródromo. Unos cuantos periodistas se abalanzaron sobre ella y, mientras contestaba las preguntas que le lanzaban sin dejarla respirar, la luz del sol bañaba su cabello rubio y su cuello fino y liso. Egger se estremeció al pensar que esa melena y ese cuello no fueran una invención, sino que en algún lugar de este mundo tal vez había alguien que lo había rozado con los dedos o quizá incluso lo había acariciado con la mano entera. Grace Kelly volvió a saludar mientras se reía con la boca oscura y bien abierta. Egger se levantó y abandonó la taberna. Estuvo deambulando un rato por las calles del pueblo hasta que al final se sentó en los escalones de la entrada de la iglesia. Miró la tierra que habían

pisado innumerables generaciones de pecadores y esperó a que el corazón recuperara la calma. La sonrisa de Grace Kelly y la tristeza que reflejaban sus ojos le habían agitado el alma y no entendía qué le pasaba. Pasó ahí sentado mucho tiempo, hasta que en algún momento, después de que empezara a oscurecer, fue consciente del frío que hacía y volvió a casa.

Aquello fue a finales de la década de los cincuenta. Mucho después, en el verano de 1969 para ser precisos, Egger tuvo una segunda experiencia impactante, aunque de un cariz completamente distinto, con la televisión, que en aquella época constituía ya el centro de la mayoría de los hogares y el principal vínculo de los encuentros familiares vespertinos. En esa ocasión estaba sentado con unos ciento cincuenta vecinos del pueblo en la sala de reuniones del nuevo ayuntamiento y vio cómo dos jóvenes norteamericanos pisaban la Luna por primera vez. Durante casi toda la retransmisión reinó una calma tensa en la sala, pero en cuanto Neil Armstrong puso un pie en el polvoriento suelo lunar, se oyeron gritos de júbilo y fue como si por lo menos por unos instantes los granjeros se hubieran quitado una pesada carga de encima. Luego hubo una ronda de cerveza gratis para los adultos y zumo y buñuelos para los niños, y un miembro del consistorio pronunció un breve discurso sobre los colosales esfuerzos que permitían semejantes maravillas, y que sin duda llevarían a la humanidad hasta quién sabe dónde. Egger aplaudió como todos los demás, y mientras delante, en el televisor, las siluetas espectrales de los norteamericanos seguían moviéndose en ese momento, paseando de forma incomprensible muy por encima de sus cabezas sobre la superficie lunar, se sintió misteriosamente cercano y unido a los vecinos del pueblo ahí abajo, en la tierra nocturna, en la sala de luz tenue del ayuntamiento que aún olía a mortero fresco.

–El mismo día de su regreso de Rusia, Egger se dirigió al campamento de la compañía Bittermann e Hijos. De haber preguntado antes, podría haberse ahorrado la caminata. Los barracones habían desaparecido. El campamento había sido desmantelado. Aún había alguna mancha de cemento aquí y allá, o unas vigas de madera invadidas por las malas hierbas, vestigios de que antes allí trabajaba y vivía gente. En el sitio donde estaba el responsable de contratación sentado a su escritorio ahora brotaban unas florecillas blancas.

En el pueblo, Egger se enteró de que la compañía había quebrado justo

después de terminar la guerra. Un año antes ya se habían marchado los últimos trabajadores que quedaban, ya que la compañía había respondido a la llamada desesperada de la patria y había cambiado la producción de pilares de acero y tornos de cables dobles por las armas. El viejo Bittermann, ferviente patriota que se había dejado un antebrazo y un fragmento del pómulo derecho en una trinchera del frente del oeste durante la Primera Guerra Mundial, se dedicó en concreto a la fabricación de correderas de carabinas y articulaciones esféricas para los cañones de artillería. Las articulaciones estaban bien, pero una parte del cargador se deformaba con el calor intenso, lo que provocó algunos accidentes horribles en el frente y convenció definitivamente al viejo Bittermann de que había sido un cómplice importante en la derrota de la guerra. Se disparó un tiro en la cabeza en un pequeño bosque detrás de su casa, con la vieja escopeta de caza de su padre para mayor seguridad. Cuando el guardabosques encontró el cadáver bajo el enmarañado manzano silvestre, vio en la zona del cráneo destrozada el brillo de una placa metálica grabada con la fecha «23.11.1917».

Ahora eran otras compañías las que construían los teleféricos y los gestionaban; en todas se presentó Egger, y todas lo enviaron a casa. Ya no era la persona adecuada, le decían. Los pocos años transcurridos después de la guerra habían bastado para transformar los antiguos procesos de trabajo, por lo que lamentablemente ya no había sitio para alguien como él en el mundo de la moderna tecnología del transporte.

En casa, por las tardes, Egger se sentaba en el borde de la cama y se observaba las manos. Descansaban sobre su regazo, pesadas y oscuras como tierra pantanosa. La piel estaba cuarteada y arrugada como la de un animal. Tantos años en la roca y en el bosque le habían dejado cicatrices, y cada una de ellas hablaría de desdicha, esfuerzo o logros si Egger pudiera recordar su historia. Desde la noche en que cavó en la nieve en busca de Marie tenía las uñas quebradizas y encarnadas en los bordes. La de uno de los pulgares estaba negra y tenía una pequeña abolladura en el medio. Egger levantó las manos para acercárselas a la cara y examinó la piel del dorso, que en algunos puntos parecía lino arrugado. Se vio los callos en las yemas y las protuberancias nudosas en las articulaciones. La suciedad se le había metido en las grietas y los surcos, y ni el cepillo para caballos ni el jabón duro tenían nada que hacer. Egger vio que las venas se le dibujaban bajo la piel, y si levantaba las manos contra el crepúsculo de la ventana notaba un ligero

temblor. Eran las manos de un anciano: las dejó caer.

—Egger vivió una temporada de las ayudas estatales para los que regresaban de la guerra. Como el dinero tan sólo le alcanzaba para lo imprescindible, se vio obligado, como cuando era joven, a aceptar todo tipo de ofertas de trabajo. Como entonces, se metió en sótanos y entre el heno, levantó sacos de patatas, se mató a trabajar en el campo o sacó el estiércol de los establos y de las pocilgas que quedaban. Todavía era capaz de seguir el ritmo de sus colegas más jóvenes, y algunos días se colocaba el heno en la espalda en impresionantes montones de tres metros y descendía por los empinados pastos, despacio y tambaleándose. Aun así, de noche se desplomaba en la cama, convencido de que jamás podría volver a levantarse por su propio pie. Para entonces, la pierna torcida estaba casi insensible en la zona de la rodilla, y cada vez que movía la cabeza a un lado sólo un centímetro una punzada le nacía en el cuello y lo recorría, como un alambre incandescente, hasta las yemas de los dedos, lo que lo obligaba a conciliar el sueño tumbado boca arriba y completamente inmóvil.

Una mañana del verano de 1957, Egger se levantó de la cama antes del alba y salió fuera. Los dolores le habían arrebatado el sueño, y moverse en el aire fresco de la noche le sentó bien. Recorrió el camino de cabras junto a los prados de siega del pueblo, que ondeaban con suavidad a la luz de la luna, rodeó los dos peñascos que se erguían como los lomos de dos animales dormidos y por fin llegó, tras casi una hora de ascenso por terrenos cada vez más impracticables entre las formaciones rocosas, debajo del Klufterspitze. Ya despuntaba el día y a lo lejos empezaron a refulgir las cumbres cubiertas por la nieve. Egger iba a sentarse a cortar con la navaja un pedazo de piel rota de la suela cuando un anciano apareció tras una roca y se le acercó con los brazos abiertos.

—¡Oh, querido, querido señor! —exclamó—. Es usted un ser humano de verdad, ¿no?

—Eso creo —dijo Egger, que vio cómo una segunda silueta, una anciana, salía de detrás de la roca a trompicones.

Ambos daban lástima, estaban desorientados y temblaban por el agotamiento y el frío. El hombre, que tenía la intención de abalanzarse sobre Egger, vio la navaja que sujetaba en la mano y se detuvo.

—¿No querrá matarnos? —le dijo, aterrorizado.

—Dios mío, apiádate de nosotros —murmuró la mujer tras él.

Egger guardó la navaja sin decir nada y miró los rostros de los dos ancianos, que lo escrutaban con los ojos desorbitados.

—Querido señor —dijo el hombre, que parecía estar a punto de romper a llorar—. ¡Llevamos toda la noche deambulando por este rincón perdido donde no hay nada más que piedras!

—¡Nada más que piedras! —lo apoyó la mujer.

—¡Más piedras que estrellas en el cielo!

—Que Dios se apiade de nosotros.

—Nos hemos perdido.

—¡Dondequiera que mires sólo ves la noche oscura y fría!

—¡Y piedras! —dijo el anciano.

Ahora sí se le saltaron las lágrimas, que le corrieron una tras otra por las mejillas y le bajaron por el cuello. Su mujer lanzó una mirada suplicante a Egger.

—Mi marido ya quería tumbarse a esperar a la muerte.

—Somos los Roskovic —dijo el anciano—, y llevamos cuarenta y ocho años casados. Es casi medio siglo. Sabemos lo que nos une y lo que significamos el uno para el otro, ¿lo entiende, señor?

—No del todo —contestó Egger—. Además, no soy un señor. Pero si quieren, puedo llevarlos hasta el valle.

En cuanto llegaron al pueblo, el señor Roskovic insistió en estrechar entre sus brazos a un Egger reticente.

—¡Gracias! —dijo, emocionado.

—¡Sí, gracias! —repitió su esposa.

—¡Gracias! ¡Gracias!

—No hay de qué —respondió Egger, y retrocedió un paso.

Durante el camino de descenso de la cima del Klufterspitze, el miedo y la desesperación de los ancianos se desvanecieron enseguida y, en cuanto los primeros rayos de sol calentaron sus rostros, la fatiga también pareció haberse esfumado de pronto. Egger les enseñó a sorber el rocío de la hierba de la montaña para aplacar la sed, y se pasaron casi todo el tiempo dando palmas como niños tras él.

—Queremos preguntarle si podría enseñarnos algunos caminos. Parece que conoce la zona como si fuera su jardín —dijo el anciano.

—Para nosotros una ruta así por la montaña no es un paseo —lo secundó su esposa.

—Sólo serán unos días. Subir la montaña y luego volver a bajar. Y no debe preocuparse por el dinero, estaremos a la altura. Entonces, ¿qué le parece?

Egger pensó en los días siguientes. Tenía que cortar unos cuantos metros de leña y arar de nuevo un campo de patatas arrasado por la lluvia. Pensó con horror en la esteva entre sus manos, que al cabo de unas horas empezaban a arder bajo los dedos y a las que no protegían ni los duros callos.

—Sí —dijo—. Podríamos hacer algo.

Egger guió durante un par de semanas a los dos ancianos por caminos cada vez más difíciles y les enseñó los lugares más bellos de la zona. Ese trabajo le gustaba. Le resultaba fácil caminar por esos terrenos y el aire de la montaña disipaba los pensamientos turbios. Además, a su entender hablaban poco, lo cual era agradable, por un lado porque no tenía mucho que decir, y por otro porque los dos ancianos estaban demasiado faltos de aliento para vaciar los pulmones, que emitían un leve silbido, con palabras vanas.

Pasadas las semanas, el matrimonio se despidió de él con efusividad y el señor Roskovic metió unos cuantos billetes en el bolsillo de la chaqueta de Egger. Él y su mujer tenían los ojos llorosos cuando finalmente subieron al coche y desaparecieron por la carretera, aún brumosa a primera hora de la mañana, en dirección a su hogar.

Egger le había tomado gusto a su nueva función. Con un cartel hecho por él mismo, y que a su juicio contenía la información indispensable y a la vez era lo bastante atractivo como para animar a los turistas a solicitar sus servicios, se colocó justo al lado de la fuente en la plaza del pueblo y esperó.

SI LE GUSTA LA MONTAÑA,
HA DADO CON LA PERSONA ADECUADA.

Ofrezco (tras casi toda una vida de experiencia en la naturaleza):

Paseos con o sin mochila.

Excursiones (medio día o día entero).

Escalada.

Paseos por la montaña (para personas mayores, impedidos y niños).

Guía durante todas las épocas del año (si el tiempo lo permite).

Amaneceres garantizados para madrugadores.

Puestas de sol garantizadas (sólo en el valle, en la montaña es demasiado peligroso).

¡Ningún peligro para el cuerpo y el alma!

(EL PRECIO ES NEGOCIABLE, PERO NO CARO.)

Por lo visto, el cartel surtió efecto, porque el negocio fue bien desde el principio, así que Egger no veía motivo para volver a ofrecerse de peón. Se levantaba cuando aún no había amanecido, como antes, pero ahora, en vez de ir al campo, subía a la montaña a observar cómo salía el sol. Con el reflejo de la primera luz, los rostros de los turistas parecían brillar por sí mismos y Egger veía que eran felices.

En verano, sus rutas a menudo llegaban más allá de las crestas montañosas circundantes, mientras que en invierno solía limitarse a paseos breves con raquetas de nieve, pero no por ello más fáciles. Él siempre iba delante, con los peligros eventuales a la vista y los jadeos de los turistas a la espalda. Le gustaba esa gente, aunque algunos intentaran explicarle cómo funcionaba el mundo o se comportaran como imbéciles. Sabía que, como muy tarde, al cabo de dos horas de ascenso su arrogancia se ahogaría en el sudor sobre el cuerpo ardiente, hasta que no quedara nada más que agradecimiento por haberlo conseguido y un profundo cansancio.

A veces pasaba por su antiguo terreno. Donde antes estaba su casa, la rocalla había formado una especie de pared con el paso de los años. Entre las piedras sobresalían en verano las adormideras blancas, y en invierno los niños la saltaban con los esquís. Egger contemplaba cómo se deslizaban por la pendiente, despegaban con un grito de júbilo y por un instante surcaban el aire para luego aterrizar con destreza o rodar por la nieve como ovillos de colores. Pensó en el umbral en el que se sentó tantas tardes con Marie, y en la cancela de reja con el cierre sencillo de gancho que había hecho con un clavo largo de acero. Tras el alud, la reja había desaparecido sin más, como tantas otras cosas que no volvieron a aflorar cuando se derritió la nieve, como si jamás hubieran existido. Egger sintió que la tristeza se apoderaba de su corazón. Pensó que podría haber hecho mucho más en su vida, probablemente mucho más de lo que imaginaba.

Egger solía permanecer callado durante sus rutas. «Quien abre la boca,

cierra las orejas», le decía siempre Thomas Mattl, y Egger compartía su opinión. En lugar de hablar, prefería escuchar a la gente, que con sus charlas ahogadas lo introducía en los secretos de vidas y opiniones ajenas. Por lo visto, las personas buscaban en la montaña algo que creían haber perdido mucho tiempo antes. Nunca averiguaba de qué se trataba exactamente, pero con los años cada vez estaba más convencido de que en el fondo los turistas no caminaban tras él, sino en pos de un anhelo desconocido e insaciable.

Un día, durante una breve pausa en el Zwanzigerkogel, un joven tembloroso de la emoción lo agarró de los hombros y le gritó:

—¿Es que no ve lo maravilloso que es todo esto?!

Egger miró aquel rostro iluminado por la dicha y dijo:

—Sí, pero está a punto de llover, y cuando la tierra empieza a resbalar la belleza desaparece.

Sólo en una ocasión durante su trayectoria como guía de montaña Egger estuvo a punto de perder a un turista. Era un día de primavera de finales de la década de los sesenta; el invierno regresaba durante la noche, y Egger quería recorrer con un grupo pequeño el sendero con vistas por encima del nuevo telesilla de cuatro plazas. Cuando cruzaron por la pasarela del desfiladero del Häusler, una señora gorda resbaló en la madera mojada y perdió el equilibrio. Egger, que caminaba justo por delante, vio con el rabillo del ojo que agitaba los brazos y levantaba una pierna como si un cordel invisible tirara de ella. Debajo de la pasarela había veinte metros de desnivel. Mientras se precipitaba sobre ella le vio la cara, que no paraba de inclinar hacia atrás como en un gesto de profundo respeto. Oyó el crujido de la madera cuando cayó de espaldas. En el último momento, antes de que pudiera deslizarse por encima de la viga de protección al vacío, Egger logró agarrarla del tobillo con una mano y, cuando aún estaba sorprendido de notar la insólita carne blanda bajo los dedos, atrapó la manga con el otro brazo y tiró de ella hasta volver a colocarla en la pasarela, donde se quedó quieta, mirando las nubes maravillada.

—Ha estado a punto de ocurrir una desgracia, ¿verdad? —dijo.

Agarró la mano de Egger, se la llevó a la mejilla y le sonrió. Él asintió, asustado. La mujer tenía la piel de la mejilla húmeda. Bajo la palma de la mano, Egger notó un temblor apenas perceptible y el roce le pareció impropio. Recordó una vivencia de la niñez. Por aquel entonces tendría unos once años y el granjero lo había sacado de la cama en plena noche para que lo

ayudara en el parto de un ternero. La vaca llevaba horas haciendo esfuerzos, no paraba de moverse en círculos, inquieta, y se había rascado el morro en la pared hasta hacerse sangre. Al final soltó un sonido ronco y se tumbó de costado en la paja. Bajo la luz trémula de la lámpara de petróleo, el pequeño Egger vio cómo ponía los ojos en blanco y una mucosidad viscosa le fluía por la vulva. Cuando apareció la pata delantera del ternero, el granjero, que había estado todo el tiempo en silencio en su taburete, se puso en pie y se subió las mangas. Sin embargo, el ternero no siguió avanzando y la vaca se quedó tumbada, tranquila. De pronto levantó la cabeza y empezó a mugir. Aquel tono heló el corazón de Egger.

—¡Viene muerto! —dijo el granjero.

Juntos tiraron con violencia del ternero inerte para sacarlo del cuerpo de la madre. Egger consiguió agarrarlo del cuello. El pellejo estaba blando y mojado, y por un breve instante creyó notar una pulsación, un solo latido bajo los dedos. Contuvo la respiración, pero no hubo nada más y el granjero sacó el cuerpo sin vida al aire libre. Fuera apuntaba ya el día, y el pequeño Egger se quedó en el establo, limpiando el suelo; frotó la piel de la vaca con paja y pensó en el ternero, cuya vida había durado un solo latido.

La señora gorda sonrió.

—Creo que no me he roto nada —dijo—. Sólo me duele un poco el muslo. Podemos bajar juntos al valle cojeando.

—No —repuso Egger, y se levantó—. Cada uno que cojee solo.

—Tras la muerte de Marie, de vez en cuando Egger había cruzado un torrente con turistas indefensas en brazos, o las había agarrado de la mano en una cresta rocosa resbaladiza, pero por lo demás sólo había tocado a alguna mujer de forma fugaz. Ya le había resultado bastante difícil encarar más o menos la vida, así que no quería de ningún modo perder la calma que había logrado con los años. A fin de cuentas, le había costado entender a Marie y las demás mujeres seguían siendo un misterio para él. No sabía qué querían o qué no querían, y mucho de lo que decían y hacían en su presencia lo confundía, lo enfurecía o le causaba una especie de entumecimiento interior del que le costaba escapar. Una vez, una empleada temporal de la posada lo apretujó contra su cuerpo pesado y con olor a comida, y le susurró unas cuantas palabras húmedas al oído que lo desconcertaron tanto que salió corriendo de

la pensión sin pagar la sopa y se pasó media noche deambulando por las pendientes heladas para calmarse.

Esos momentos tenían el don de agitarle el alma, pero cada año eran menos frecuentes, hasta que al final desaparecieron. Eso no lo hacía sentirse infeliz. Había tenido un amor y lo había perdido. A partir de ahí no le ocurriría nada comparable, lo consideraba un hecho. Además, al fin y al cabo la batalla contra el deseo que seguía encendiéndose en su interior podía librarla solo consigo mismo.

A principios de la década de 1970, Andreas Egger volvió a vivir una aventura que, por lo menos durante unos pocos días de otoño, puso a prueba su deseo de pasar el resto de su vida solo. No hacía mucho que se había percatado de que la voz que sonaba en el aula que había al otro lado de la pared de su casa había cambiado. Los habituales gritos de los niños eran más fuertes, y sus fugas al sonar el timbre de la pausa, siempre acompañadas de exclamaciones de liberación, ahora parecían transmitir cierta inhibición. El motivo de esa nueva conciencia bulliciosa de los alumnos era a todas luces la jubilación del profesor del pueblo, que, con la ayuda de un bastón con un rabo de buey tallado a mano, si era necesario, había pasado la mayor parte de su vida inculcando a generaciones de hijos de granjeros las bases más elementales de la lectura y del cálculo en sus mentes rudas, que apenas eran capaces de ver más allá del momento. Después de la última clase, el viejo maestro abrió la ventana, volcó la caja con los restos de tiza en el parterre de rosas y ese mismo día abandonó el pueblo, para consternación de los miembros del Ayuntamiento, sobre todo porque no aparecería un sucesor tan rápido dispuesto a hacer carrera entre los tropeles de vacas y esquiadores. La solución al problema se personificó en Anna Holler, una maestra del valle colindante jubilada hacía años, que aceptó la oferta de encargarse de las clases temporalmente con mudo agradecimiento. Anna Holler tenía una idea distinta de la educación que su predecesor, confiaba en la capacidad interna de desarrollo de los niños y colgó el viejo rabo de buey fuera, en la pared de la escuela, donde estuvo corroyéndose durante años y sirvió de ayuda a la hiedra para trepar.

A Egger, en cambio, no le convencía la moderna pedagoga. Una mañana se levantó y fue a verla.

—Disculpe, pero hacen demasiado ruido. Necesito descansar.

—¿Quién demonios es usted?

—Me llamo Egger y vivo aquí al lado. La cama debe de quedar más o menos aquí, justo detrás de la pizarra.

La maestra dio un paso hacia él. Egger le sacaba por lo menos una cabeza, pero con los niños a su espalda observándolo desde las filas de asientos, Anna Holler tenía un aspecto amenazador y no parecía en absoluto dispuesta a transigir. A Egger le hubiera gustado decirle algo más, pero se quedó mirando en silencio el suelo de linóleo. De pronto se sintió estúpido ahí de pie: un viejo con quejas ridículas al que hasta los niños pequeños miraban con evidente espanto.

—Uno no elige a sus vecinos —dijo la profesora—, pero una cosa está clara: ¡es usted un bestia y un zopenco! Entra en mitad de la clase, sin ser invitado, sin peinar ni afeitarse y encima en calzoncillos, ¿o qué es eso que lleva puesto?

—Unos calzones de dormir —murmuró Egger, arrepentido ya de haber ido—. Pero ya tienen unos cuantos zurcidos.

Anna Holler suspiró.

—Salga ahora mismo de mi clase —le ordenó—. Y cuando se haya lavado, afeitado y vestido como es debido, por mí puede volver.

Egger no volvió. Ya se acostumbraría al ruido, si era necesario se metería musgo en las orejas, para él el asunto estaba zanjado. Y probablemente así se habría quedado si el domingo siguiente no hubieran llamado a su puerta tres veces con insistencia. Al abrir vio a Anna Holler con un pastel en las manos.

—He pensado en traerle alguna cosa de comida —dijo—. ¿Dónde está la mesa?

Egger le ofreció el único asiento que tenía, un taburete de ordeñar hecho por él mismo, y dejó el pastel en su caja de provisiones, en la que guardaba algunas latas de conservas —«la mejor carne con cebolla de Haggemeyer»—, por el temor secreto que sentía por los malos tiempos, y un par de zapatos de abrigo.

—Estos pasteles suelen dar sed —dijo Egger.

Y mientras se dirigía con la tinaja en la mano a la fuente de la plaza del pueblo, pensó en esa mujer que estaba sentada en su habitación, esperando para cortar el pastel. Pensó que debía de tener más o menos su edad, pero tantos años de profesora le habían pasado factura. Tenía el rostro repleto de minúsculas arrugas, y bajo el pelo moreno recogido en un moño prieto se apreciaba una blancura incipiente en las raíces. Por un momento lo importunó

una imagen curiosa: no la vio esperando sin más en el taburete, le daba la impresión de que su mera presencia había transformado el espacio que ocupaba a solas desde hacía tantos años, lo había ampliado, lo había ensanchado en todas direcciones de un modo desagradable.

—Así que usted aquí vive —dijo la maestra cuando él regresó con la tinaja llena de agua.

—Sí —contestó Egger.

—Bueno, se puede ser feliz en cualquier sitio —dijo ella.

Tenía los ojos castaños y una mirada cálida, amable, pero a Egger lo incomodaba que lo mirase. Bajó la vista hacia su trozo de pastel, sacó con el dedo índice una pasa y la dejó caer al suelo con disimulo. Luego comieron, y Egger reconoció que el pastel estaba bueno. Tal vez, pensó, ese pastel fuera lo mejor que había comido en los últimos años. Pero eso se lo guardó para sí.

Más adelante, Egger no sabría explicar cómo ocurrió todo. Con la misma naturalidad con que la profesora Anna Holler se había plantado en su puerta con el pastel en la mano, entró en su vida y en poco tiempo exigió el espacio que por lo visto consideraba que le correspondía. Egger no sabía muy bien cómo había sucedido, además no quería ser maleducado, así que iba a pasear con ella o se sentaba a su lado al sol a tomar un café que ella siempre llevaba en un termo y del que decía que era más negro que el alma del diablo. Anna Holler siempre hacía ese tipo de comparaciones, en general hablaba prácticamente sin interrupción, de las clases, de los niños, de su vida, de ese hombre que hacía tiempo que estaba donde merecía y en el que jamás debió confiar. A veces Egger no entendía lo que decía. Utilizaba palabras que nunca había oído, pero suponía que ella se las inventaba cuando no encontraba las adecuadas. Él la dejaba hablar. Escuchaba, asentía de vez en cuando, en ocasiones decía «sí» o «no» y bebía un sorbo de café, que le aceleraba el corazón como si estuviera ascendiendo la cara norte de la cresta más alta.

Un día, ella lo convenció para ir en la Liesl Azul hasta la cima del Karleitner. Desde allí arriba se veía el pueblo en su conjunto, dijo ella, la escuela parecía una caja de fósforos perdida y, si se aguzaba la vista, se veía a los niños en la fuente del pueblo como puntitos de colores.

Cuando la cabina arrancó con un suave tirón, Egger se colocó junto a una de las ventanas. Notó cómo la profesora se acercaba a él por detrás para mirar por encima de su hombro. Egger pensó que hacía años que no lavaba la chaqueta. Por lo menos la semana anterior había dejado los pantalones

durante media hora en el agua limpia de la fuente para luego secarlos en una roca soleada.

—¿Ve los pilares de ahí abajo? —preguntó—. Cuando vertimos el fundamento, un tipo se cayó. El día anterior había bebido demasiado y al mediodía perdió el equilibrio. Dio con la cara en el cemento. Se quedó ahí tumbado, sin moverse, como un pez muerto en un estanque. Tardamos un rato en poder sacarlo; el cemento ya no estaba del todo líquido, pero logró salir. Sólo perdió un ojo. No sabría decir si fue por el cemento o por el alcohol.

Una vez arriba, se quedaron un rato en la plataforma, contemplando el valle. Egger sentía la obligación de entretener de alguna manera a la maestra, así que le fue señalando diferentes puntos del pueblo: los restos de un establo quemado, donde Rübenaeker construyó a toda prisa una zona de apartamentos de vacaciones en el barranco, la cisterna enorme, invadida por la herrumbre y la hiniesta de color púrpura, que los cazadores de montaña dejaron detrás de la iglesia al finalizar la guerra y que desde entonces utilizaban los niños para jugar al escondite. Anna Holler soltaba una carcajada cada vez que le descubría algo nuevo. A veces su risa era engullida por completo por el viento, de modo que parecía que sonreía en silencio.

Cuando regresaron a la estación del valle a primera hora de la tarde, se quedaron un rato juntos observando cómo la cabina emprendía de nuevo el camino hacia arriba. Egger no sabía qué decir ni si debía decir algo, por lo que prefirió seguir en silencio. Desde la sala de máquinas, en la planta baja del edificio, subía el zumbido amortiguado de los motores. Notó la mirada de la profesora clavada en él.

—Me gustaría que me llevara a casa —dijo, y empezó a caminar.

Ella vivía en una pequeña habitación, justo detrás del ayuntamiento, que el concejo había puesto a su disposición para el tiempo que ocupara su empleo en la escuela. En un plato había preparado un par de bocadillos de pan con mantequilla y cebolla, y fuera, en el alféizar, dos botellas de cerveza frías. Egger se comió el bocadillo y se bebió la cerveza procurando no mirar a la maestra.

—Es usted un hombre —dijo—. Un hombre de verdad con un gran apetito, ¿no?

Fuera oscurecía poco a poco, ella se levantó y dio unos cuantos pasos en la habitación. Se detuvo ante una pequeña alacena. Egger vio desde detrás que

agachaba la cabeza, como si se le hubiera perdido algo en el suelo. Jugeteaba con los dedos con el dobladillo de la falda. Aún tenía tierra y polvo pegados en los tacones. En la habitación reinaba un silencio terrible. Era como si el silencio que se había desvanecido de todos los valles tiempo atrás se hubiera reunido entonces en aquel cuartito. Egger se aclaró la garganta. Dejó la botella y observó una gota que bajaba despacio por el vidrio y se ensanchaba en la mesa hasta formar una mancha redonda y oscura. Anna Holler seguía delante de la alacena, inmóvil, con la mirada gacha. Primero levantó la cabeza y luego las manos.

—A menudo el ser humano está solo en este mundo —dijo.

Luego se dio la vuelta. Encendió dos velas y las dejó sobre la mesa. Cerró las cortinas. Echó el pestillo de la puerta.

—Ven aquí —dijo.

Egger seguía mirando la mancha oscura de la mesa.

—Sólo me he acostado con una mujer —dijo.

—No importa —contestó la profesora—. Me parece bien.

Más tarde, Egger estuvo mirando a la mujer que yacía a su lado. Después de acostarse, ella llevó una mano al pecho de Egger; debajo, su corazón latía tan fuerte que él pensó que toda la habitación se movía. No había funcionado. No había podido contenerse. Egger estaba inmóvil ahí tumbado, como clavado en la cama, y notaba cómo la mano cada vez le pesaba más, hasta que al final descendió entre las costillas y quedó justo en el corazón. Egger le observó el cuerpo. Estaba tumbada de lado. La cabeza se le había resbalado de la almohada y el cabello descansaba en mechones oscuros sobre la sábana. Tenía el rostro medio vuelto. Parecía demacrada, sin carne. La luz de la noche, que entraba por una pequeña abertura de la cortina, parecía haberse enredado en la multitud de arrugas. Egger se quedó dormido, y cuando despertó oyó los sollozos amortiguados por la almohada de la maestra, que estaba hecha un ovillo a su lado. Se quedó un rato tumbado junto a ella, indeciso, pero luego comprendió que no había nada en este mundo que pudiera hacer. Se levantó en silencio y se marchó.

Ese mismo año llegó un profesor nuevo, un joven de cara aniñada y pelo hasta los hombros, recogido en una coletilla, que se pasaba las tardes tejiendo jerséis y tallando pequeños crucifijos en raíces torcidas. La calma y la disciplina de los viejos tiempos jamás regresaron a la escuela, y Egger se acostumbró al ruido al otro lado de la pared del dormitorio. Sólo volvió a ver

a la profesora Anna Holler una vez más. Iba con una cesta de la compra por la plaza del pueblo. Caminaba despacio, dando unos pasitos poco naturales, con la cabeza inclinada y aire ensimismado. Cuando vio a Egger, levantó la mano y lo saludó con los dedos, como se saluda a un niño pequeño. Egger desvió la mirada al suelo con rapidez. Luego se arrepintió de ese momento de cobardía. Anna Holler se fue del pueblo con la misma discreción con la que llegó. Una mañana fría, antes del amanecer, subió con dos maletas al autobús de correos, se sentó en la última fila y cerró los ojos, y, según le explicó más tarde el conductor, no los volvió a abrir ni una sola vez en todo el trayecto.

–Aquel otoño empezó a nevar pronto. Pasadas unas semanas de la partida de Anna Holler, los esquiadores ya formaban largas colas delante de las estaciones del valle, y hasta última hora de la tarde se oía por todo el pueblo el tintineo metálico de las fijaciones de los esquís y el chasquido de las botas. Un día frío y despejado poco antes de Navidad, Egger iba de camino a casa tras dar un paseo por la nieve con unos señores mayores cuando por el otro lado de la calle se acercó un grupo de turistas nerviosos, seguidos de algunos lugareños, el gendarme del pueblo y una pandilla de niños alborotadores. Dos chicos jóvenes con traje de esquiador habían transformado sus esquís en una suerte de camilla en la que yacía algo que por lo visto había que trasladar con la máxima cautela. Los hombres trataban ese algo con una curiosa veneración que a Egger le recordó al fervor con el que los monaguillos revoloteaban alrededor del altar durante las misas dominicales. Cruzó la calle para contemplar mejor el espectáculo y lo que vio le cortó la respiración: en la improvisada camilla yacía Hannes *el Corneta*.

Por un momento, Egger pensó que había perdido el juicio, pero no cabía duda: tenía delante al cabrero o, mejor dicho, lo que quedaba de él. El cuerpo estaba rígido del frío. Por lo que se veía, le faltaba una pierna, y la otra sobresalía de la camilla con una grotesca contorsión. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, bien prietos; de las manos colgaban tiras de carne seca; y los huesos de los dedos, casi al descubierto, se encorvaban como las garras de un pájaro. La cabeza estaba muy inclinada en la nuca, como si alguien la hubiera forzado hacia atrás. El hielo le había dejado medio rostro en los huesos. La dentadura, con las encías de color azul oscuro, quedaba al descubierto, como si sonriera. Aunque le faltaban los dos párpados, tenía los

ojos completamente sanos y parecían mirar desorbitados hacia el cielo.

Egger se volvió, caminó unos cuantos pasos y se detuvo de nuevo. Estaba mareado y notaba un murmullo sordo en los oídos. Quería decirles algo a aquellos hombres, pero ¿qué? Las ideas le daban vueltas en la cabeza, pero era incapaz de atrapar ninguna, y cuando se volvió de nuevo hacía rato que se habían ido. Caminaban a lo lejos con su carga congelada en dirección a la iglesia. El gendarme iba a un lado, y al otro, la pierna del cabrero sobresalía al aire como una raíz seca.

Unos esquiadores ávidos de aventuras habían encontrado a Hannes *el Corneta* más arriba de las pistas, en una grieta del glaciar Ferneis. Tardaron horas en sacarlo del hielo perpetuo. La angostura de la grieta había ahuyentado a pájaros y otros animales, y el hielo había conservado su cuerpo durante décadas. Sólo le faltaba una pierna. Los hombres especulaban: quizá se la había arrancado un animal antes de que cayera en la grieta; tal vez se la había cortado con una roca; a lo mejor se la había cortado él mismo en un acto de desesperación para liberarse. Era un misterio sin resolver, la pierna estaba desaparecida y el muñón no daba ninguna pista. No era más que un muñón, cubierto por una fina capa de hielo, un poco deshilachado en los bordes y de color azul oscuro en el medio, como las encías.

Llevaron al difunto a la iglesia para que todo aquel que quisiera pudiera despedirse de él. Sin embargo, aparte de algunos turistas, con el deseo oculto de ver con sus propios ojos el cadáver de hielo amortajado a la luz de las velas y fotografiarlo desde todos los ángulos posibles, no fue nadie. Nadie conocía a Hannes *el Corneta*, nadie lo recordaba, y como el parte meteorológico anunciaba una subida de las temperaturas, lo enterraron al día siguiente.

Aquel hallazgo inesperado había afectado a Egger. Entre la desaparición de Hannes *el Corneta* y su nueva aparición mediaba toda una vida. Recordó cómo la silueta traslúcida se alejaba a grandes zancadas y desaparecía en el silencio blanco de la ventisca. ¿Cómo había conseguido llegar hasta el glaciar, a kilómetros de distancia? ¿Qué había ido a buscar? ¿Y qué debió de ocurrirle al final? Egger se estremeció al pensar en la pierna, que probablemente aún estaba en algún lugar del glaciar. Tal vez unos turistas entusiasmados la encontrarían al cabo de unos años y la llevarían al valle como un peculiar trofeo a hombros. Seguro que todo aquello le daba igual a Hannes *el Corneta*. Ahora estaba bajo tierra, en vez de bajo el hielo, y de

algún modo había alcanzado la calma. Egger pensó en la infinidad de personas que murieron durante sus años en Rusia. Las muecas de los cadáveres en el hielo ruso eran lo más horrible que había visto en su vida. Hannes *el Corneta*, en cambio, transmitía una felicidad peculiar. En su última hora había reído mirando al cielo, pensó Egger, y estiró la pierna hacia el diablo como prueba de su venganza. Le gustaba esa idea, le proporcionaba cierto consuelo.

Aun así, otra lo atormentaba: el cabrero congelado lo observaba a través de una ventana del tiempo. Había algo juvenil en la expresión de su rostro vuelto hacia el firmamento. Cuando Egger lo había encontrado moribundo en su cabaña y lo había llevado al valle, debía de tener cuarenta o cincuenta años. Ahora había superado con creces los setenta, y no se sentía en absoluto joven. La vida y el trabajo en la montaña habían hecho mella en él. Todo su ser estaba encorvado y rígido. La espalda tendía a ir hacia el suelo formando un arco estrecho, y tenía la sensación cada vez más acusada de que la columna le crecía por encima de la cabeza. Aún se aguantaba con firmeza sobre la montaña, y ni siquiera los potentes vientos otoñales lograban hacerle perder el equilibrio. Pero era como un árbol cuyo interior ya está podrido.

*

Durante sus últimos años, Egger ya no aceptó más salidas. De todos modos, cada día eran más escasas y consideraba que ya había trabajado suficiente. Además, cada vez aguantaba menos la cháchara de los turistas y su humor siempre cambiante, como el tiempo en la montaña. En una ocasión estuvo a punto de dar una bofetada a un joven de ciudad que se había puesto a dar vueltas sobre sí mismo de pura felicidad encima de una roca, con los ojos cerrados, hasta que se precipitó sobre la pedrera. Egger y el resto del grupo tuvieron que bajarlo al valle mientras sollozaba como un niño pequeño. Tras ese incidente, terminó su carrera de guía de montaña y se retiró a su vida privada.

El número de habitantes del pueblo se había triplicado desde la guerra, y la cantidad de camas para turistas se había multiplicado casi por diez, lo que había motivado que el concejo, además de construir un centro de vacaciones con una piscina cubierta y un jardín termal, llevara a cabo la ampliación del edificio de la escuela, tanto tiempo atrasada. Antes de que llegaran los

obreros, Egger se mudó. Guardó sus pocas pertenencias y se instaló en un establo que llevaba cerrado desde hacía décadas, a unos centenares de metros de la salida del pueblo. El establo estaba enclavado como si fuera una cueva en la ladera, lo que tenía la ventaja de que las temperaturas no experimentaban grandes oscilaciones durante el año. La parte delantera consistía en piedras apiladas desmoronadas, cuyos agujeros Egger tapó primero con musgo y luego con cemento. Aisló las grietas de la puerta, frotó la madera con brea de pino y lijó el óxido de las bisagras. Luego sacó dos piedras de la pared y colocó una ventana y un tubo para la estufa ennegrecida por el hollín que había encontrado en un montón de chatarra detrás de la estación del valle del telesilla de Bubenkogel. Estaba a gusto en su nuevo hogar. A veces se sentía solo ahí arriba, pero no consideraba su soledad un defecto. No tenía a nadie, pero tenía todo lo que necesitaba y con eso le bastaba. Las vistas desde la ventana eran amplias, la estufa calentaba y, como mucho después del primer invierno en funcionamiento, el penetrante olor a cabra y vacas se desvanecería del todo. Egger disfrutaba de la tranquilidad. El ruido que invadía ya todo el valle y que durante los fines de semana se propagaba por las laderas en oleadas sólo le llegaba en forma de leve insinuación. Algunas noches de verano, cuando las nubes bajas y pesadas pendían de las cimas de las montañas y el aire olía a lluvia, se tumbaba en el colchón a escuchar los ruidos de los animales que se agitaban por encima de su cabeza; las noches de invierno oía el rugido amortiguado de las pisanieves, que preparaban a lo lejos las pistas para el día siguiente. Ahora volvía a pensar a menudo en Marie. En lo que fue y en lo que podría haber sido. Pero sólo le venían pensamientos breves, fugaces, que pasaban con la misma velocidad que los jirones de nubes de tormenta que corrían por delante de su ventana.

Como no tenía con quien hablar, conversaba solo o con los objetos que lo rodeaban. Decía: «No sirves para nada. Estás demasiado romo. Te afilaré en una piedra. Y luego bajaré al pueblo y compraré papel de lija fino y te volveré a afilar. Y te forraré el mango con piel. Serás fácil de agarrar. Y tendrás buen aspecto, aunque no se trata de eso, ¿entiendes?»

O decía: «Uno se vuelve melancólico con el tiempo. No hay nada como la niebla. Enturbia la vista porque no sabe dónde quedarse suspendida. Si esto sigue así, la niebla pronto se colará en la habitación y empezará a caer una llovizna fina sobre la mesa.»

Y decía: «Pronto llegará la primavera. Los pájaros ya la han visto. Algo se nota en los huesos. Y muy por debajo de la nieve ya revientan los bulbos.»

A veces, Egger se reía de sí mismo y de sus pensamientos. Luego se sentaba solo a la mesa, por la ventana miraba las montañas sobre las que se cernían las sombras de las nubes y se reía hasta que se le saltaban las lágrimas.

Una vez por semana bajaba al pueblo para comprar fósforos, pintura o pan, cebollas y mantequilla. Hacía tiempo que sabía que la gente hablaba de él. Cuando emprendía el camino de regreso a casa con las compras en el trineo que había fabricado él mismo, en primavera armado con unas ruedecitas de goma, veía con el rabillo del ojo cómo juntaban las cabezas a su espalda y se ponían a cuchichear. Él se daba la vuelta y les lanzaba la mirada más maligna de la que era capaz. En realidad, la opinión y la indignación de los vecinos del pueblo le eran indiferentes. Para ellos únicamente era un viejo que vivía en un agujero, hablaba solo y por la mañana se ponía en cuclillas junto a un arroyo helado para lavarse. Sin embargo, él consideraba que había conseguido salir adelante, y por lo tanto tenía motivos para estar contento. Aún podría vivir un tiempo del dinero que había ganado durante su época como guía turístico, tenía un techo, dormía en su propia cama y cuando se sentaba en el pequeño taburete delante de la puerta podía dejar vagar la mirada hasta que se le cayeran los ojos y la barbilla se le hundiera en el pecho. Como todos los seres humanos, a lo largo de su vida había abrigado en su interior ilusiones y sueños. Algunos los había cumplido por sí mismo, otros le habían sido regalados. Muchos habían permanecido inalcanzables, o se los habían arrebatado cuando apenas los había logrado. Pero él seguía ahí. Y cuando, los primeros días tras el primer deshielo, caminaba por la mañana sobre el rocío de los prados empapados delante de su cabaña y se apoyaba en una roca plana de las que había diseminadas, notando la piedra fría en la espalda y en la cara los primeros rayos cálidos de sol, tenía la sensación de que no le había ido tan mal.

-También ocurrió entonces, después del deshielo, cuando a primera hora de la mañana la tierra se reblandecía y los animales salían de sus agujeros y cuevas, que Andreas Egger se encontró con la Dama Fría. Había estado dando vueltas en la cama durante horas, en vela; después se quedó tumbado,

tranquilo, con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchando los sonidos de la noche. El viento, inquieto, soplaba alrededor de la cabaña y chocaba contra la ventana con golpes secos. De pronto se hizo el silencio. Egger encendió una vela y se quedó mirando la sombra titilante en el techo. La apagó. Permaneció un rato inmóvil. Al final se levantó y salió. El mundo estaba sumido en una niebla impenetrable. Aún era de noche, pero en algún lugar detrás de ese silencio suave apuntaba el día y el aire tenue desprendía una luz lechosa en la oscuridad. Egger subió unos pasos por la pendiente. Apenas distinguía el contorno de la mano delante de los ojos, y cuando la estiraba parecía sumergida en un agua profunda e inescrutable. Siguió caminando con cautela, paso a paso, subiendo unos centenares de metros por la montaña. A lo lejos oyó un ruido semejante al silbido prolongado de una marmota. Se detuvo y alzó la vista. Por un hueco abierto en la niebla se veía la luna, blanca y desnuda. De pronto notó un sople de aire en el rostro y, al cabo de un instante, de nuevo el viento. Caminaba a trompicones, deshilachando la niebla y haciéndola jirones. Egger oyó el aullido del viento cuando rozaba las rocas más altas y el susurro de la hierba a sus pies. Siguió andando entre los halos de bruma, que se desplazaban ante él como si fueran seres vivos. Vio que el cielo se abría. Observó las rocas planas sobre las que descansaban los restos de nieve, como si alguien hubiera colocado servilletas blancas. Entonces percibió a la Dama Fría, que cruzaba la ladera unos treinta metros por encima de él. La figura era del todo blanca, y por un momento pensó que se trataba del vapor de la niebla. Sin embargo, al cabo de un instante reconoció con claridad aquellos brazos pálidos, el pañuelo que le colgaba deshilachado de los hombros y la cabellera, como una sombra sobre la blancura del cuerpo. Sintió un escalofrío en la espalda. De repente notó el frío. Aunque no era el aire lo que estaba tan frío. El frío procedía de su interior. Era el terror, agazapado en lo más profundo de su corazón. La silueta se acercó a una angosta formación rocosa, y a pesar de que ésta avanzaba rápido, Egger no distinguía sus pasos. Era como si las rocas la atrajeran mediante un mecanismo oculto. No osaba moverse. El terror le tenía atenazado el corazón, pero, curiosamente, al mismo tiempo temía ahuyentar a la figura con un ruido o un movimiento involuntario. Vio cómo el viento se le enredaba en el pelo y por un momento le ondeaba en el cuello. Entonces lo entendió todo.

—Date la vuelta —dijo—. ¡Por favor, date la vuelta y mírame!

Pero la figura siguió alejándose, y Egger sólo le vio el cuello, donde relucía la creciente luna rojiza de su cicatriz.

—¿Dónde te has metido durante todo este tiempo? —preguntó—. Tengo tantas cosas que contarte... ¡No te lo vas a creer, Marie! ¡Una larga vida! ¡Toda una vida!

Ella no se dio la vuelta. No contestó. Sólo se oía el ruido del viento, los aullidos y los susurros cuando rozaba el suelo y se llevaba la última nieve del año.

Egger estaba solo en la montaña. Pasó mucho tiempo allí sin moverse, mientras a su alrededor las sombras de la noche se retiraban despacio. Cuando por fin prosiguió, tras las remotas cadenas montañosas asomaba el brillo del sol, que inundó las cimas con su luz, tan suave y bonita que, de no haber estado tan cansado y confuso, Egger se habría echado a reír de pura felicidad.

Durante las semanas posteriores, Egger recorrió vagando una y otra vez las pendientes rocosas que quedaban por encima de su cabaña, pero la Dama Fría o Marie, o quienquiera que fuese aquella aparición, nunca volvió a presentarse, y la imagen se fue desvaneciendo hasta que al final se disipó del todo. Egger se volvió olvidadizo. Después de levantarse, por ejemplo, se pasaba una hora buscando los zapatos, que la víspera había colgado del tubo de la estufa para que se secaran. O cuando pensaba en qué quería cocinar para la cena, acababa en una especie de sueño reflexivo que lo agotaba de tal manera que, a menudo sentado a la mesa, apoyaba la cabeza en ambas manos y se quedaba dormido sin comer nada. En ocasiones, antes de acostarse dejaba el taburete junto a la ventana, miraba fuera y esperaba a que los recuerdos surgieran sobre el fondo de la noche, ya que por lo menos aportaban cierto orden a su espíritu confuso. Sin embargo, cada vez con mayor frecuencia se le escapaba el orden de los acontecimientos, los sucesos se deslizaban y en cuanto conseguía encajar mentalmente una imagen, se le volvía a esfumar o se desvanecía como si fuera lubricante en acero candente.

—Desde que una gélida mañana invernal unos esquiadores lo habían visto en cueros delante de su cabaña, caminando descalzo por la nieve como si buscara una botella de cerveza que hubiera dejado enfriar al aire libre el día anterior, algunos vecinos del pueblo tomaban al viejo Egger por loco. No le

molestaba. Era consciente de su progresiva confusión, pero no estaba loco. Además, para entonces ya no le importaba nada la opinión de los demás, y como la botella volvió a aparecer tras una breve búsqueda (junto al canalón, se había reventado con la helada nocturna y pudo lamer la cerveza como si fuera un helado de palo), por lo menos aquel día se vio ratificado con una muda satisfacción en sus pensamientos y en sus actos.

Según el certificado de nacimiento, que a su juicio no valía ni la tinta del sello, Egger tenía setenta y nueve años. Había aguantado más de lo que creía posible, y podía estar satisfecho en términos generales. Había sobrevivido a su infancia, a la guerra y a un alud. Nunca había estado demasiado ajado para trabajar, había abierto una cantidad incalculable de agujeros en la roca y probablemente había talado árboles suficientes para alimentar durante un invierno las estufas de una ciudad pequeña. Su vida había pendido de un hilo entre el cielo y la tierra, y durante los últimos años como guía turístico había aprendido más de las personas de lo que podía abarcar. Que él supiera, no cargaba con ninguna culpa digna de mención, y nunca había caído en las tentaciones del mundo: las borracheras, la prostitución o la gula. Había construido una casa, había dormido en infinidad de camas, establos, rampas de carga y unas cuantas noches incluso en una caja de madera rusa. Había amado. Y se había hecho una idea de hasta dónde podía llevar el amor. Había visto a dos hombres caminar por la Luna. Nunca se había visto en el apuro de creer en Dios, y la muerte no le daba miedo. No recordaba de dónde era, y últimamente no sabía adónde iba. Pero podía mirar atrás en el tiempo, a su vida, sin lamentos, con una media sonrisa y un gran asombro.

Andreas Egger murió una noche de febrero, y no al aire libre, como tantas veces había imaginado, con el sol en la nuca o el cielo estrellado sobre la frente, sino solo en su casa, en la mesa. Las velas se habían apagado, estaba sentado a la tenue luz de la luna, suspendida en el cuadradito de la ventana como si fuera una bombilla cubierta de polvo y telarañas. Estaba pensando en lo que tenía previsto para los días siguientes: comprar unas cuantas velas, tapar la grieta del marco de la ventana, abrir una zanja delante de la cabaña, profunda hasta la rodilla y como mínimo de treinta centímetros de ancho, para desviar el agua del deshielo. El tiempo ayudaría, lo sabía con bastante certeza. Cuando la pierna le daba tregua la noche anterior, al día siguiente el tiempo solía ser tranquilo. Una sensación agradable lo invadió al pensar en la pierna, ese palo de madera podrido que lo había llevado por el mundo durante

tantos años. Al mismo tiempo, ya no sabía si lo estaba pensando o soñaba. Oyó un ruido muy cerca del oído. Un susurro leve, como si alguien hablara con un niño pequeño.

—Pero ya es tarde —se oyó decir.

Y fue como si sus propias palabras flotaran unos momentos en el aire, antes de desvanecerse bajo la luz de la menguada luna de la ventana. Sintió un dolor agudo en el pecho y vio que el torso se inclinaba despacio hacia delante y la cabeza acababa con la mejilla apoyada sobre la mesa. Oyó su corazón, y escuchó el silencio cuando dejó de latir. Esperó paciente el siguiente latido. Cuando no llegó ninguno más, se dejó ir y murió.

A los tres días lo encontró el cartero, que llamó a la ventana para entregarle el boletín municipal. El cadáver de Egger se había conservado bien con las temperaturas invernales, como si se hubiera quedado dormido mientras desayunaba. El entierro tuvo lugar al día siguiente. La ceremonia fue breve. El cura de la parroquia se estaba helando de frío, mientras los sepultureros bajaban el ataúd al hoyo que habían cavado antes con una pequeña excavadora en el suelo helado. Andreas Egger yacía junto a su mujer, Marie. En su tumba había una piedra caliza tallada con rudeza, repleta de grietas, donde en verano crecía la linaria, de color violeta claro.

—Unos seis meses antes de su muerte, Egger despertó una mañana con un desasosiego que lo hizo levantarse de la cama con el primer rayo de luz y salir fuera. Era principios de septiembre y, donde los rayos atravesaban el manto de nubes, vio el fulgor destellante de los coches de los trabajadores que por algún motivo no encontraban salida en el turismo y se lanzaban todas las mañanas a la carretera para llegar a tiempo a su lugar de trabajo al otro lado del valle. A Egger le gustaba semejante retahíla de vehículos de colores que se deslizaban por aquel breve tramo hasta que finalmente sus contornos se diluían en la luz brumosa y desaparecían. Aquella imagen le provocaba al mismo tiempo tristeza. Pensó que sólo había salido de la región una sola vez —sin contar los viajes a las instalaciones más cercanas de los teleféricos y telesillas de la compañía Bittermann e Hijos—, para ir a la guerra. Recordó que había llegado por primera vez al valle por aquella carretera, que por entonces era poco más que un sendero plagado de canales profundos, en el pescante de un coche de caballos. En aquel momento lo invadió una nostalgia

tan intensa y ardiente que pensó que se le iba a derretir el corazón. Empezó a caminar sin mirar atrás. Lo más rápido posible, cojeando, a trompicones, bajó corriendo al pueblo, hasta la parada que había junto al edificio alto de la pensión, donde el autobús amarillo de la línea 5, la conocida como «de los Siete Valles», aguardaba con el motor encendido a punto de partir.

—¿A dónde va? —preguntó el conductor, sin alzar la vista.

Egger conocía al hombre, había trabajado en el taller de esquí de la antigua forja durante unos años montando fijaciones, hasta que la artritis le retorció las articulaciones y se pasó al negocio de los autobuses. En sus manos, el volante parecía un neumático de juguete.

—¡Hasta la última estación! —dijo Egger—. Más no se puede.

Compró un billete y se colocó en un asiento libre de la última fila, entre la gente cansada del pueblo que en parte conocía de vista y a la que o bien le faltaba dinero para un coche, o bien era demasiado vieja para entender la tecnología y la velocidad. El corazón le latía desenfrenado cuando las puertas se cerraron y el autobús partió. Se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Se quedó así un rato, y cuando se incorporó y los abrió de nuevo, el pueblo había desaparecido y vio cómo desfilaban las cosas por el borde de la carretera: pequeñas pensiones que habían salido de la nada en el campo; restaurantes de carretera; carteles de gasolineras; vallas publicitarias; un hostel con ropa de cama en todas las ventanas abiertas; una mujer junto a una valla, con una mano apoyada en la cadera y el rostro impreciso y desdibujado por el humo de un cigarrillo. Egger intentó pensar, pero aquel torrente de imágenes lo agotaba. Poco antes de quedarse dormido, trató de recuperar el deseo que lo había llevado a salir del valle, pero éste había desaparecido. Por un instante creyó notar un leve ardor en la zona del corazón, pero fue su fantasía, así que cuando despertó ya no recordaba qué quería ni por qué estaba en aquel autobús.

Se bajó en la última parada. Dio algunos pasos hacia una superficie asfaltada, invadida de malas hierbas, y luego se detuvo. No sabía qué dirección tomar. La plaza donde se encontraba, los bancos, los edificios bajos de la estación, las casas de detrás... no le decían nada. Dio otro paso vacilante y se detuvo de nuevo. Estaba tiritando. Con las prisas por irse había olvidado ponerse una chaqueta. No había pensado en el sombrero, ni había cerrado la cabaña. Había salido corriendo sin más, y ahora se arrepentía. A lo lejos se oían un rumor confuso de voces, los gritos de un niño, luego el golpe de la

puerta de un coche, el ruido creciente de un motor que al instante se atenuó. Egger temblaba tanto que sintió ganas de agarrarse a algo. Miró al suelo sin osar moverse. Se imaginó ahí parado, viejo, inútil y perdido, en medio de una plaza vacía, y se avergonzó como nunca antes en su vida. En ese momento notó una mano en el hombro, y cuando se dio la vuelta despacio vio al conductor del autobús.

—¿A dónde va exactamente? —le preguntó el hombre.

El viejo Egger se quedó parado, buscando a la desesperada una respuesta.

—No lo sé —dijo, y empezó a negar con la cabeza despacio, una y otra vez —. Simplemente no lo sé.

—Durante el viaje de vuelta, Egger se sentó en el mismo sitio que había escogido para salir del valle. El conductor lo ayudó a subir al autobús, no le pidió el importe del billete ni dijo una palabra, y lo acompañó hasta la parte trasera. Pese a que esta vez Egger no se quedó dormido, el trayecto se le hizo más corto. Se encontraba mejor, el corazón le latía más despacio y, cuando el autobús se adentró por primera vez en las sombras azules de las montañas, los temblores habían desaparecido. Miró por la ventana sin saber muy bien qué pensar o sentir. Hacía tanto tiempo que no salía que había olvidado lo que se experimentaba al volver a casa.

En la estación del pueblo se despidió del conductor con un gesto de la cabeza. En realidad quería llegar a su cabaña lo antes posible, pero cuando hubo dejado atrás las últimas casas y ya sólo le quedaba superar la pendiente en forma de escalera, obedeció a un capricho repentino y giró a la izquierda por un sendero muy poco transitado que daba la vuelta a un estanque sin nombre, verde del musgo, y reptó hasta la cima del Glöcknerspitze. Siguió el camino durante un rato junto a una tela de alambres que el concejo había colocado para proteger el pueblo de los aludes, luego subió por una grieta estrecha, asegurada con hierros esquineros bien metidos en las rocas y finalmente cruzó el prado de Karwiesen, situado a la sombra de una hondonada. La hierba brillaba húmeda, y la tierra desprendía olor a descomposición. Egger apresuró la marcha; no le costaba caminar, había olvidado el cansancio y apenas notaba el frío. Tenía la sensación de que con cada paso dejaba atrás una parte de la soledad y la desesperación que lo habían abrumado ahí abajo, en la plaza desconocida. Oyó cómo la sangre le

bullía en los oídos y notó el viento fresco que le secó el sudor de la frente. Cuando llegó al punto más bajo de la hondonada, vio un movimiento apenas perceptible en el aire. Algo pequeño y blanco bailaba delante de sus narices. Justo después, otro. Y al cabo de un instante, el aire estaba lleno de infinitud de diminutos jirones de nubes, que descendían al suelo con oscilaciones lentas. Egger pensó primero que eran las flores que el viento había llevado hasta allí desde algún otro sitio, pero era finales de septiembre y hacía tiempo que ya no florecía nada, y mucho menos a esa altura. Entonces se percató de que estaba nevando. La nieve caía cada vez más espesa del cielo y se posaba en las rocas y los suntuosos prados verdeantes. Egger siguió andando. Vigilaba sus pasos para no resbalar, y cada tantos metros se limpiaba con el dorso de la mano los copos de las pestañas y las cejas. Entonces le sobrevino un recuerdo, un pensamiento breve sobre algo que se remontaba mucho tiempo atrás, apenas una imagen difuminada.

—Aún no ha llegado el momento —dijo en voz baja.

Y el invierno se cernió sobre el valle.

Toda una vida
Robert Seethaler

ISBN edición en papel: 978-84-9838-815-2
ISBN libro electrónico: 978-84-15631-94-1
Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre 2017

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Ein ganzes Leben*
Traducción del alemán: Ana Guelbenzu

Ilustración de la cubierta: Hulton Archive / Getty Images

Copyright © Hanser Berlin im Carl Hanser Verlag, Munich, 2014
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Traducción publicada con el apoyo de The Federal Chancellery of Austria, Department II/5 - Literature and Publishing

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info